



narrativa sextopiso

Pieza única

MILORAD PAVIĆ

TRADUCCIÓN DE DUBRAVKA SUŽNJEVIĆ



El inspector superior Eugen Stross se enfrenta a una serie de misteriosos asesinatos y sus principales pistas para resolverlos son los sueños. Sueños futuros, propios y ajenos, reveladores de la muerte, vendidos por el andrógino comerciante Aleksandar Klozevits, cuyo negocio, Symptom House, permite a las personas soñar unos segundos de sus ensoñaciones futuras, a cambio de un peligroso precio cuyas consecuencias pueden ser funestas. Pavić nos demuestra su destreza como escritor entrelazando los destinos del cantante de ópera Distelli, que sueña su muerte mediante la vida y obra de Pushkin, de su hermosísima mujer, la «bomba sexual» Marquesina Lempitksa, de la rival de amores de ésta, lady Heth, y del amante de ambas, el apuesto Maurice Erlangen. Alrededor de todos ellos acecha la figura de Klozevits y su doble, la señorita Sandra, como alegoría de las consecuencias de ceder a la tentación del anhelo de conocer el futuro y la propia muerte, así sea en un lenguaje que a menudo nos resulta enigmático e indescifrable: el lenguaje de los sueños.

A la tradicional usanza de Pavić, el lector acaba siendo partícipe del texto. En esta ocasión, se convierte en el responsable de desentrañar el misterio de los crímenes con la ayuda del «Cuaderno azul», la libreta de apuntes sobre el caso del inspector superior Stross.



narrativa sextopiso

ISBN 978-607-7781-19-6



9 786077 781196

MILORAD PAVIĆ (Belgrado 1929-2009) fue uno de los escritores más importantes a nivel internacional en las últimas décadas. En 1984 obtuvo el Premio **NIN**, máximo galardón de las letras serbias, por su *Diccionario jázaro*, considerado una de las obras maestras de la literatura posmoderna. Sus obras han sido traducidas a más de veinte idiomas. Entre ellas destacan: *Paisaje pintado con té*, *La cara interna del viento*, *El último amor en Constantinopla*, *Novela-Tarot*, así como *Siete pecados capitales* y su última novela, *Segundo cuerpo*, ambas publicadas por Sexto Piso.



Fotografía cortesía del autor.

Una obra

Una
M

TRADUCCIÓN DE I

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Milorad Pavić, 2004

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2011
Tercera edición: 2013
Cuarta edición: 2015

Fotografía de portada

Portrait (Miss N.). Käsebier Gertrude (1852-1934). Paris, Musée d'Orsay.
Photo (C) Musée d'Orsay, Dist. RMN-Grand Palais / Alexis Brandt

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2015
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN CALLEJO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-607-7781-19-6

Impreso en México

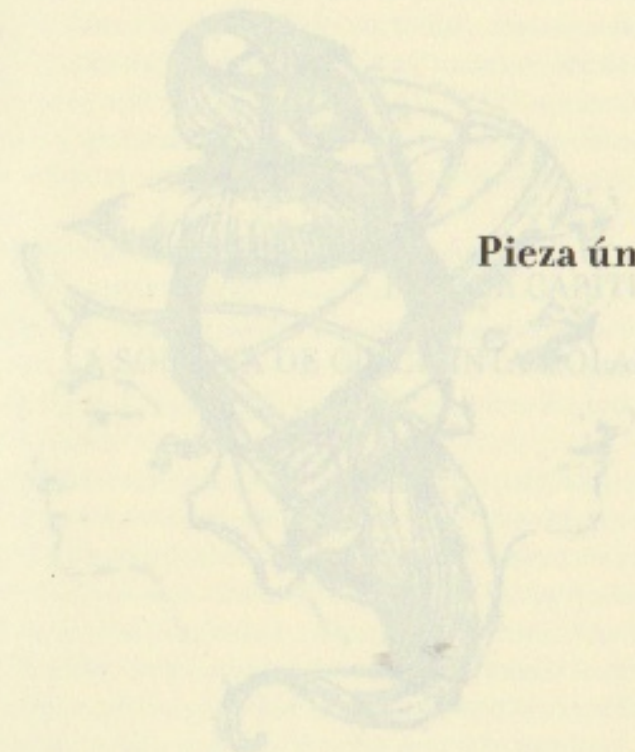
ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Primer capítulo | |
| LA SONRISA DE CINCUENTA DÓLARES | 11 |
| 1. <i>Kenzo</i> | 13 |
| 2. <i>Old Spice</i> | 17 |
| 3. <i>Poison</i> | 19 |
| Segundo capítulo | |
| EL HUEVO DE ORO PARA EL RAPÉ CON COCAÍNA | 23 |
| 1. <i>Hugo Boss</i> | 25 |
| 2. <i>Addict Dior</i> | 27 |
| 3. <i>Magnum</i> | 33 |
| Tercer capítulo | |
| LA SÉPTIMA BALA | 39 |
| 1. <i>Must de Cartier Pour Homme</i> | 41 |
| 2. <i>Antracite</i> | 47 |
| 3. <i>Envergure Pour Homme</i> | 55 |
| 4. <i>Addict Dior + Dolce & Gabbana</i> | 59 |
| 5. <i>Addict Dior + Dolce & Gabbana + Poison</i> | 65 |
| Cuarto capítulo | |
| LOS VEREDICTOS | 69 |
| Anexo | 75 |
| La primera parte del informe presentado a petición del tribunal por Aleksandar Klozevits (Cinta I) | 77 |

| | |
|--|-----|
| El sueño del difunto señor Matheus Distelli, cantante de ópera, sobre la muerte de Pushkin | 79 |
| Post Scriptum | 99 |
| La segunda parte del informe presentado a petición del tribunal por Aleksandar Klozevits (Cinta II) | 101 |
| El sueño de la difunta señora Marquesina Andrósovich Lempitska sobre los pasos | 103 |

EPÍLOGO 125

Pieza única



PRIMER CAPITULO
LA SONRISA DE CINCUENTA DOLARES



1. KENZO

Aleksandar es un andrógino. Unos pronuncian su nombre como Aleksa, otros como Sandra. Es decir, en este momento Aleksa Klozevits (alias Sandra Klozevits) está sentado en el café El Tercer Gato y le pide un café con leche y una medialuna a una hermosa mesera negra. Aleksa tiene un arete en una ceja, y viste camisa azul y pantalón de mezclilla. Calza mocasines negros poco profundos, sin calcetines. Lleva un hermoso bigote prendido no a su labio superior, sino directamente a su sonrisa.

—¿Qué es lo que llevo puesto hoy? —le pregunta la negra. Su sonrisa no tiene bigotes. Su sonrisa está en verso.

—Augusta, Augusta, desde la puerta he notado que te has cambiado hoy. Veamos... Desde luego, hoy llevas una gota de *Amsler* en el pulso. Y en alguna otra parte también. No está mal. *Jean Luc Amsler!*

Aleksa interrumpe sus conjeturas a media palabra, porque por detrás entran dos varones jóvenes, bien vestidos. Los dos visten trajes de quinientos dólares que les quedan como si les hubieran costado mil. Antes de notarlos en el espejo frente a la puerta, el olfato de Aleksa reconoce sus aromas. Uno tiene el corte de pelo como luchador de sumo, que cuesta lo mismo que los caros zapatos en sus pies; como perfume lleva un *Kenzo*. El otro es un negro con una sonrisa que vale por lo menos treinta dólares cada pieza, y en vez de camisa tiene una cadena de oro. Huele a la fragancia de *Calvin Klein*.

Al instante, Aleksa le grita a la mesera:

—¡Otra medialuna, por favor! —Y se escabulle por la puerta que dice wc. Los dos tipos intercambian las miradas y toman asiento sin quitarle la vista a esa puerta. Adentro, Aleksa se

quita rápidamente la camisa azul, se queda en una blusita roja de mujer con senos postizos incorporados, de su bolso saca y se pone una peluca negra, vuelve el bolso al revés y éste es ahora una cartera femenina de charol en la que empaca sus mocasines. Se queda descalzo con las uñas pintadas de color chillón. Se quita el bigote pegado y el arete de la ceja, se pone el labial rojo en los labios y sale de prisa. De paso lanza un billete sobre la barra gritando con un alto profundo de mujer: «¡Augusta, corazón, quédate con el cambio!», y de un salto sale del local con el brazo levantado llamando un taxi...

Dos jóvenes observan confundidos esa escena. Sólo después de que Augusta estalla en risa, que es de nuevo versificada, ellos pegan un brinco como si se estuvieran quemando y se echan a correr tras Aleksa, quien es ahora Sandra. Luego de una persecución sumamente corta, el negro lo atrapa, lo despoja de la peluca y le dice:

—¡No vayas a ocasionarnos problemas o te daré dos bofetadas! Una bofetada negra y otra amarilla, ¿O.K.? ¡Ahora escucha! Alguien quiere verte. Tú sabes quién y sabes por qué. Será mejor que te calmes.

Lo conducen a una tienda de libros viejos. En la trastienda huele a cigarros. Dentro de ese aroma está sentado un señor enorme que juega con un cortapuros. En la penumbra alrededor de él destellan los títulos dorados en los lomos de los libros sobre las repisas. Todos en la ciudad lo llaman «Sir Winston» y es famoso por saber siempre por anticipado quién será asesinado y cuándo.

—Usted no se ve bien, señor Klozevits —dice con voz calmada. Con los dedos sin uñas saca un habano de un tubo transparente y reluciente con la etiqueta Partagás, corta una buena parte de su punta gorda, deposita el tubo cuidadosamente sobre la mesa y prende el cigarro.

» Mírese, por favor —agrega con un ademán de la mano dirigido a Aleksa, que está de pie frente a él, despeinado, sin peluca, con los pies descalzos enlodados y el rostro manchado de polvos y arrebol.

» Además, debe hasta lo que no tiene, y todos los plazos para pagarme ya han vencido. ¿Cuál es su profesión, en realidad?

—Soy comerciante —le responde Aleksa cohibidamente, saca de la cartera sus mocasines y se los calza—. Después de todo —añade— en su espejo se ve lo que hago. —Y él se acerca al espejo grande que cuelga sobre las repisas de libros.

Todos, como por una orden, se vuelven en esa dirección. Allí, el vidrio azogado refleja, en lugar de la imagen despeinada de Aleksa, el rostro de una mujer hermosísima, perfectamente arreglada, en un vestido blanco. De aquellas que calientan estufas con su corazón. En su moño lleva desplegado un abanico salpicado de estrellas de la constelación Cáncer.

Después de un instante de asombro e indecisión, es el señor con el puro quien se recobra primero. Quiere sonreír, pero en vez de eso, estornuda y dice:

—Así que el ilusionismo. Es usted hábil, muy hábil, señor Klozevits. Pero cualquiera que sea la cosa con la que comercia, no le va muy bien que digamos. De ese modo jamás podrá pagarme la deuda. Tendremos que acordar otra cosa, si no, el asunto no pinta muy bien. ¿Está dispuesto?

Aleksa asiente con la cabeza, y el señor con el puro saca de un cajón dos fotos y una llave. Se los tiende a Aleksa por encima de la mesa. Luego dice:

—Por lo tanto, le ofrecemos un trato. Hay dos personas —aquí en las fotos— que nos estorban mucho. Una dama y un señor. Usted debe eliminarlos. Para siempre. Aquí tiene sus nombres y direcciones. A propósito, ésta es la llave del elevador privado de ese señor en su trabajo. ¿O.K.? ¿Nos hemos entendido? Es mejor que usted los elimine a ellos que nosotros a usted, señor Klozevits. Para que no haya confusiones, ahora me gustaría enseñarle algo...

Con esas palabras el hombre se vuelve hacia el negro y le pregunta:

—¿Con qué mano disparas, Asur?

—Con la derecha. Con la izquierda lanzo la navaja.

—¿Y tú, Ishigumi?

La cara de Ishigumi se ve inundada por la maravillosa sonrisa de cincuenta dólares. Él dice:

—Yo disparo con la derecha, jefe. Y no necesito hacerlo dos veces. Tampoco necesito hacerlo con la izquierda.

—Entonces, tiende la mano izquierda, para que no sufra el trabajo.

Apenas Ishigumi tiende su mano izquierda, el jefe, como de rayo, le corta con el cortapuros la última falange del meñique izquierdo y lo levanta al aire, aún sangrando.

Ishigumi se dobla oliendo un poco más fuerte a *Kenzo*, mete de prisa el resto del meñique en la boca y sale corriendo del cuarto. El jefe ahora deposita con cuidado el meñique de Ishigumi en el tubo transparente con la etiqueta Partagás, lo cierra con el tapón y se lo pasa a Aleksa.

—Es un recordatorio, señor Klozevits. Dentro, como puede verlo, aún queda lugar para sus dos meñiques, o algo parecido, que Ishigumi empacará en este tubo, si usted no lleva a cabo el asunto que nos interesa... Ahora puede irse. Que tenga un buen día...

Aleksa sale a la calle enceguecido por el sol, avanza unos pasos, da vuelta a la esquina, por fin llama a un taxi, toma asiento y abre el tubo con el meñique de Ishigumi. Olfatea el dedo con asco y lo tira por la ventana del taxi murmurando:

—Un simple dedo de goma. Y se supone que yo debería caer en esa trampa. Como si no tuviera olfato.

2. OLD SPICE

En la foto hay un hombre de edad mediana; su rostro se asoma por la camisa Armani como si dijera: «No hay que pensar. No bien empieza uno a pensar, se da cuenta de que es estúpido». El reverso de la foto reza:

Isaías Cruz, Gerente de la Casa de Apuestas, Hipódromo de la Ciudad.

Aleksa guarda la foto y la pequeña llave en el bolsillo, calza los ya mencionados mocasines poco profundos, cuelga los irresistibles bigotes en su sonrisa y se va al hipódromo. Para echar un vistazo al terreno. Porque sabe que el tipo del puro se tragó la broma. Y que tendrá que obedecerle. Al menos por un tiempo.

El edificio de la dirección tiene cuatro pisos; desde el cuarto se puede entrar directamente a la oficina del director. En el elevador se pueden oprimir libremente tres botones, el cuarto se puede usar únicamente con llave. Aleksa introduce la llave en la cerradura junto al número IV. Encaja perfectamente, pero Aleksa no quiere dar vuelta a la llave porque eso lo llevaría arriba y lo arrojaría justo a la habitación del señor de la foto. Y es demasiado pronto para ello. Regresa la llave al bolsillo y sale a las gradas.

No hay carreras. Unos cuantos caballos trotan por la pista. Huele a sudor macho de sementales y a la penetrante transpiración de yeguas jóvenes. Aleksa voltea a su alrededor decidido a seguir buscando al señor Cruz y, de ser posible, echarle un vistazo. En esa búsqueda ahora está en la pista del canódromo. Ya hay mucha gente ahí. Están compitiendo los galgos ingleses. Corren como enajenados tras un conejo eléctrico.

Aleksa se mete entre las gradas y luego sale al pasto junto a la pista. Nota un enorme borzoi regio bajo una sombrilla. El

galgo, completamente blanco, está parado junto a la mesa del famoso cantante de ópera Matheus Distelli, reclinado en una poltrona de mimbre. La dorada melena de Distelli brilla en el sol como una aureola y él luce irresistible, incluso mejor que en el escenario. Frente a él, sobre la mesa, hay un huevo de oro para el rapé. Una dama de edad mediana que lo acompaña en la mesa acaba de comerse un pastel. Luego tiende la palma de su mano al galgo, que recuesta su cabeza sobre ella, y la dama de edad mediana retoca el color de sus labios usando los ojos del galgo como espejo. Sus labios parecen ahora una fresa.

En ese instante, Aleksa Klozevits es alcanzado por la brisa que trae el aroma del rapé acompañado de algo que huele a cocaína; junto con él, viene el tufo de la piel del galgo empapada de perfume *Bulgari* y el nombre de la dama de edad mediana pronunciado por el galán a su lado:

—¡Lempitska! ¡Ponte el calzado!

Justo cuando Aleksa concluye que Distelli no tiene esa voz en la ópera y que, tal vez, de momento está un poco ronco, el mismo viento le trae el olor a galgos ingleses corriendo y un aroma de agua de colonia increíblemente anticuada para después de afeitarse, *Old Spice*. Aleksa se da la vuelta y, casi al vuelo, capta la imagen del hombre de la foto. Isaías Cruz es más bajo de lo que se podía suponer. Su camisa es cara, pero le queda como si fuera robada...

Aleksa se da cuenta de que su esfuerzo de ese día ha rendido frutos. A la salida, voltea a su alrededor y con la mirada busca a los tres: Matheus, Lempitska y el galgo ruso. Este último calienta su hocico alargado como una botella de champaña entre los pies de su amo. Lempitska vuelve a quitarse el calzado y bajo la mesa se frota un pie contra el otro. No mira la carrera en absoluto. En ese momento está ciega como el tiempo.

3. POISON

Esta mañana Aleksa Klozevits vuelve a enfrentar las usuales dificultades para rasurarse. Su imagen en el espejo, llamada Sandra, le ocasiona problemas de nuevo. Como toda imagen en el espejo, tiene que reproducir todos sus movimientos, de modo que cuando empieza a raparse la cabeza, la imagen comienza a cepillar su maravilloso cabello azul marino, y mientras él se enjabona, ella se empolva las mejillas. Por ello, Aleksa no ve nada en el espejo y acaba rasurándose a ciegas. Ella le dice entonces:

—¿Realmente vas a hacerlo?

—Como ya sabes, no tengo elección: nuestros proyectos son demasiado caros —contesta él a secas.

—Esto no te justifica. Yo no quiero participar en eso. Tú decidiste contraer esa deuda, no yo.

—Lo que dices es ridículo considerando el hecho de que somos un solo ser andrógino.

—Justamente por eso, sabes muy bien lo que soy capaz de hacerte si quiero echarte el mal de ojo.

—No puedes hacer nada, porque me rapé la cabeza. Tus maldiciones se me van a resbalar...

Antes de salir, él se rocía con *Envergnure* de la marca parisiense Bourjois sobre el pulso y detrás de la oreja, mientras que Sandra, imitando sus gestos en el espejo, hace lo mismo con su perfume *Antracite*.

Luego, Aleksa se pone sus bigotes y sale. La foto que hoy lleva en el bolsillo muestra a una mujer en la flor de la vida con una sonrisa irresistible. Esa sonrisa perfora los hoyuelos en sus mejillas y entra en los aros de sus pendientes. Se llama Livia Heht y trabaja en el décimo octavo piso del banco Plusquam city. Es la presidenta de la junta directiva de esa institución.

Un Mercedes la lleva al banco y antes de que entre apurada al vestíbulo del templo bancario, Aleksa logra captar algunos detalles en ella. La sonrisa de *lady* Livia Heht siempre se acaba antes del final como cortada por un mordisco; el resto de esa sonrisa se queda en su rostro como un pescado destripado. Los ojos violeta de *lady* Heht imponen aquel indecible «sigan mi mirada» y traducen su rostro alemán al francés, mientras en su perfume *Poison* lleva el rastro de otra fragancia que impide la plena expresión de la primera. Aleksa se ve forzado a correr al vestíbulo, que parece el casco volcado de un barco enorme, para aspirar una vez más la huella fragante de *lady* Heht a fin de comprender de qué se trata. Ahora lo sabe. El perfume femenino de esta dama se mezcla con una fragancia para caballero. Una fragancia bastante vulgar: *Dolce & Gabbana*.

Es decir, por encima de su *Poison*, *lady* Heht lleva el perfume masculino *Dolce & Gabbana*. Y ahora hay que encontrar al dueño de ese otro perfume.

Aleksa Klozevits se pasa días husmeando por el vestíbulo y los pisos del banco Plusquam city. En una de las colas ante la caja, se topa con el rastro oloroso del *Dolce & Gabbana*, pero lo lleva una dama de edad que esa mañana había agarrado el frasco de su esposo en lugar del suyo propio. En otra ocasión, en el elevador, Aleksa Klozevits queda impregnado por el *Dolce & Gabbana* de un señor que resollaba como un cabrito. Por último, Aleksa visita de paso el departamento de cajas de seguridad. Ahí, mientras platica con una oficinista, advierte en el cuarto contiguo a un galán de ojos verdes, el jefe del departamento especial para cajas de máxima seguridad, que tiene una mirada de goma. Aleksa está tentado de cortejarlo, pero se controla a tiempo al percibir que el galán cuyo nombre, Maurice Erlangen, que figura en la plaquita de la entrada, usa el perfume *Dolce & Gabbana*. Por la puerta de vidrio se ve que en la oficina del señor Erlangen trabaja también su asistente, una mulata con la nuca egipcia que logra dormirse con el cuello apoyado sobre una medialuna de metal en vez de almohada.

En ese momento suena el teléfono y la oficinista le pasa al señor Erlangen el mensaje de que se reporte arriba con la señorita Heht. Necesita consultarlo.

El caballero de ojos verdes sale de su oficina y pasa junto a Aleksa con paso apresurado. Erlangen es un hombre apuesto, con la cabeza de una estatua femenina de mármol sobre un cuerpo musculoso. El *Dolce & Gabbana* en la piel del caballero de la plaquita deja un aroma fascinante tras él que casi noquea a Aleksa Klozevits. Pero por encima de ese aroma se percibe algo más. Porque sobre su perfume masculino, el señor Erlangen lleva uno femenino. Aleksa concluye con sorpresa que no se trata del *Poison* de la señorita Heht, que llama al señor Erlangen a su oficina para una «consulta» y, a su vez, usa el perfume de éste sobre el suyo. El perfume del señor asesor para las cajas de máxima seguridad es *Dune*, luego entonces, la fragancia de otra mujer.

Aleksa Klozevits sale frotándose las manos. La combinación de las fragancias dio un resultado matemáticamente exacto. La señorita Heht tiene un gusto perfecto para escoger amantes. Y el señor Erlangen tiene más de una amante. Aparte de *lady* Heht con su perfume *Poison*, otra que usa *Dune*.

Afuera del banco, Aleksa Klozevits sube al piso sin techo del transporte público y toma asiento. Pone una de sus manos ante los ojos y se fija en el dedo meñique. Con suma concentración se imagina el dolor provocado por la mutilación de ese dedo. Cuando el dolor imaginario se vuelve suficientemente fuerte, empieza a cambiarlo de lugar. Del meñique lo pasa a su oído, luego a la rodilla, después al ojo izquierdo, lo concentra en la lengua y por último, lo escupe con toda su fuerza a la calle como si fuera una goma de mascar.

Luego, aliviado, comienza a canturrear un aria de la ópera *Boris Godunov* de Mussorgsky.

... de la familia, Martho D...
... el momento de la...
... el momento de la...

SEGUNDO CAPÍTULO

EL HUEVO DE ORO PARA EL RAPÉ CON COCAÍNA

... el momento de la...
... el momento de la...
... el momento de la...

... el momento de la...
... el momento de la...

— ¿Qué diablos es usted y qué hace en mi despacho?
— ¿Que quien soy? Soy uno de sus administradores.

1. HUGO BOSS

Después de la función, Matheus Distelli regresa a casa desconcertado y cansado de la preocupación por su voz ahuecada y cascada, aun cuando eso no se pudo oír en el escenario. Pero en el departamento, el galgo que entra con él empieza a gruñir. Algo parecido a un tronido llega desde las profundidades del enorme pecho del animal. Después todo ocurre en una sucesión tan rápida como el vertiginoso devenir de los años durante la creación de la Tierra.

Antes de que el cantante logre emprender algo, el galgo ataca a la persona desconocida que merodeaba por el cuarto en la penumbra. Para defenderse de la bestia, esa persona se aferra al cuello de Distelli gritando «¡Protégeme! ¡Protégeme!» y éste vuelve la espalda al perro para salvaguardarla. Entre sus brazos sostiene a una bella ladrona.

En agradecimiento, sus ojos azules lo miran deslumbrados, sus brazos rodean con ternura el cuello de Distelli y lo atraen a un beso suave: su labio superior caliente, el inferior frío, entre ellos, una lengua dulce. Ese beso inhala cual opio el perfume del cantante, *Hugo Boss*. Pero los cantantes conocen el sabor de la lengua de una soprano o de una alto, lo mismo que el de un barítono o de un bajo. De modo que en ese beso apasionado, Distelli percibe la lengua masculina de un tenor.

Él interrumpe el beso y, con un ademán enérgico, quita la peluca de la cabeza de la ladrona. Aparece la calva rapada de un hombre.

—¿Quién diablos es usted y qué hace en mi departamento?

—¿Que quién soy? Soy uno de sus admiradores.

—Cualquiera podría decir eso. Pero esto no justifica el robo.

—Esto no es un robo. Escúcheme.

Y el desconocido empieza a ejecutar a la perfección un aria que Distelli canta en la ópera precisamente este invierno. Con todas las peculiaridades, incluso, de su interpretación de Mussorgsky. Sólo que el ladrón desconocido es un tenor, no un bajo. Esto resulta un poco ridículo, pero Distelli es inmune a la habilidad ajena de cantar y el canto lo hace enojar. En medio del aria, arrebatada el bolso femenino del desconocido, lo abre y de ahí saca su huevo de oro para el rapé.

—¿No es un robo? ¿Y qué es esto?

—Soy fetichista —contesta el hombre—, tengo que tener de amuleto algún objeto que le ha pertenecido. Es lo primero que agarré. Déme otra cosa si no quiere darme esto. Cualquier objeto de su propiedad. No tiene que ser costoso...

No obstante, el galgo sigue gruñendo, y Distelli se aproxima al teléfono diciendo que va a llamar a la policía.

—No lo haga, por favor. Tengo algo para ofrecerle a cambio.

—¿Como qué?

—Un número telefónico.

—¿Para qué lo quiero?

—Ese número vale oro y cualquiera quisiera tenerlo. Es el número de un vendedor de futuro. Él puede venderle algunos minutos de su futuro trasladándolos a su presente... ¿Qué le cuesta probarlo? De todos modos no conseguirá nada de la policía porque yo no soy un pez gordo, aunque tiene que admitir que ¡soy un pez bastante bueno!

Con esas palabras el desconocido se pone la peluca negra y, con una sonrisa encantadora, dicta a Distelli un número de teléfono celular y se va.

El número es: 0389-430-23001.

2. ADDICT DIOR

Al palco de la ópera entra una ola de perfume *Addict Dior* y, tras ella, *madame* Marquesina Andrósovich Lempitska en persona. Lleva el polvo «inteligente» que iguala el brillo de las partes grasosas y sin grasa en su rostro y un vestido de la marca Philosophy. La función está por comenzar. Se presenta la ópera de Mussorgsky, *Boris Godunov*. *Madame* Lempitska toma asiento distraída, mira el programa y empieza a leer:

«El drama de Pushkin *Boris Godunov* fue escrito en 1825 según los datos históricos de Karamzin en *La Historia de Pedro el Grande*, publicada anónimamente en Venecia en 1772. El tema es el reinado del zar ruso del siglo XVII, Boris Godunov, que sube al trono tras asesinar al príncipe Dimitri, menor de edad. El pretendiente Grishka Otrepiev derroca a Godunov haciéndose pasar por el príncipe Dimitri al cual Dios supuestamente había salvado de los asesinos. Al subir al trono ruso, el impostor se casa con la duquesa polaca Marina Mniszek Sendomirska.

»Durante la revisión del drama, el zar ruso Nikolai I, quien se adjudicó la tutela de las obras de Pushkin después del regreso del poeta del destierro, le propuso al autor adaptar esta obra en prosa y le planteó la cuestión de si era una comedia o una tragedia. El poeta no accedió al cambio y su drama fue prohibido.

»El compositor ruso, Modest Mussorgsky compuso en 1868 la ópera *Boris Godunov* basada en el drama de Pushkin...».

En ese momento la sala se oscurece y comienza el prólogo en el camposanto del monasterio. Lempitska espera temerosa la

aparición en el escenario de su amante Distelli quien esa noche interpreta el papel principal. Durante la función ella ve con preocupación que él se vale de actos mágicos mientras canta, besa a escondidas la uña de su pulgar y se aferra a un botón de su vestimenta dorada. Canta en italiano. Ella percibe con su piel cuán envidiado es Distelli y cómo lo odian sus rivales en la ópera. Ella sabe distinguir con exactitud los colores de esos odios diferentes y, aterrada, piensa que uno no puede escapar del odio como tampoco del agua en el zapato.

Después de la función y de varias llamadas consecutivas de los cantantes a escena, ella nota que Distelli no aparece ante el público y va a verlo a su camerino. Es un aposento fastuoso con la estatua de bronce de Distelli en el papel de Falstaf, un diván con el galgo tumbado y un cuarto de baño enorme de cobalto con un salón estilo Luis XIV frente a la tina. Visiblemente cansado y reclinado en una poltrona, Distelli tiene en la mesa delante de él un vaso de whisky Chivas Regal y otro de vino espumoso Moët. Aún viste la mitad de su vestimenta imperial de Boris Godunov, en el resto ya lleva puesta su ropa cotidiana.

Madame Lempitska irrumpe en el cuarto, el galgo salta, se endereza sobre las patas traseras y la besa en la boca. Es una cabeza más alto que ella. Lempitska grita:

—¡Basta, Tamazar, ya basta! —Toma un sorbo de whisky, se sienta en el regazo de Distelli y le vierte el whisky de su boca con un beso.

—Estuviste magnífico —susurra—, pero no te quedes sentado a medio vestir. El Diablo prefiere atacar a uno cuando lo encuentra en una frontera.

—¿En qué frontera? —replica distraído Distelli.

—En cualquiera: la frontera entre la luz y la oscuridad, entre el día y la noche, con un pie en lo ajeno y el otro en lo suyo... Te ves cansado... ¿Acaso es tan difícil cantar?

—No es por el canto. No me gusta este papel. Además, anoche dormí mal y hace unas noches trataron de robarme. Irrumpieron en mi departamento.

—¿Informaste a las autoridades?

—No.

—¿No? ¿Y eso?

—Hice un trato.

—Por Dios, ¿cómo pudiste hacer tratos con un ladrón?

—Tal vez no lo sea. Tal vez sólo quería algo mío. A cambio, me dio un número telefónico. Es el número de un vendedor de futuro.

—¿Y tú piensas llamar a ese charlatán?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque te ves peor que nunca desde que te conozco.

—Es por las pesadillas. Ya son dos veces que sueño con Pushkin, en secuencia.

—Yo misma soñaría con Pushkin si me ocupara tanto de Mussorgsky, de Boris Godunov y de los payasos de Pushkin... Déjate de esas cosas, relájate y te acariciaré un poco.

Y Lempitska se pone a «mamar» uno por uno los dedos de Distelli. Al terminar con una mano y antes de proseguir con la otra, pregunta:

—¿Y qué soñaste? Dicen que cuando un sueño se cuenta a alguien, su veneno se transmite a esa persona. ¡Cuéntalo! Dinos una parte del sueño, y tu galgo y yo compartiremos su veneno...

—Soñé con una habitación; junto a la ventana estaba un hombre bajo, moreno, y de pelo rizado. No bien me encontré ahí, supe que era Pushkin. Y que todos lo llamaban Alexander Serguéievich. Él miraba la ventisca y pensaba en ruso.

—Pero tú no sabes ruso.

—Ni una palabra, pero en el sueño comprendía todo lo que él pensaba, y él lo hacía en verso, en sonoros troqueos con acento al final de cada dos líneas. Todo el tiempo cavilaba sobre los demonios. Cómo se arremolinan cual copos de nieve...

En ese momento, madame Lempitska lo interrumpe:

—Yo sé esos versos de memoria:

Enjambres de demonios pululan

Por el alto firmamento

Con terribles ululatos
Desgarran mi corazón...

—¿Cómo los conoces?

—Los conozco. Dostoievski los puso en el epígrafe de su novela *Los demonios*... ¿Y qué pasó después?

—Al principio, el sueño era turbio, y parecía que veía a través del agua. Luego se aclaró e iba haciéndose cada vez más nítido. Así noté que en la ventana había otra ventana más pequeña, llamada «fortochka» y Pushkin la abrió. La nieve irrumpió en el cuarto.

»"¿Cómo puedes hacer que alguno de esos demonios y espíritus malignos entre en el cuarto?", dice Pushkin en mi sueño. "¿Cómo puedes reconocerlo si entra? ¿Cómo puedes obligarlo a que conteste tus preguntas? ¿Qué es, en realidad, el Diablo? El Diablo come como la gente, pero no puede digerir nada. Es porque sólo el Diablo no participa en el intercambio global de la materia en el mundo... Si se toma un vaso de vino tinto Tokay, en lugar de orina excretará de nuevo el tinto Tokay".

—¡Bah! —comenta *madame* Lempitska, a lo que el galgo, pensando que se refería a él, baja perezosamente del diván y se acuesta sobre el tapete.

»—¿Y tú supiste todo eso en el sueño? —pregunta *madame* Lempitska.

—Sí. Pero ahí el sueño se interrumpe y luego continúa una de las noches subsiguientes y se vuelve cada vez más terrible.

—¿Por qué? —interrumpe Lempitska—. ¿Qué hay de terrible en eso?

—Lo terrible de mi sueño es que en el diván, junto a Pushkin, duerme un enorme galgo blanco con cabeza dorada, y yo ando por el sueño de puntillas temiendo despertar al galgo, porque si se despierta, yo lo sé con certeza aun en el sueño, degollará a alguien... Además, Pushkin sigue cavilando todo el tiempo sobre cómo invocar al Diablo. ¡Qué horror!

—¿Por qué te inquietan tanto esos sueños de Pushkin? ¿Acaso es tan importante?

—Porque él busca al Diablo para hacerle una pregunta que me atormenta también a mí: ¿cómo y cuando voy a fenecer? Tal vez la respuesta del demonio valdrá también para mí y por eso me viene ese sueño...

—Pero son sólo unos versos, querido.

—¿Qué versos? —pregunta Distelli con voz ronca.

—Pushkin tiene un poema, *Los lamentos de un viajero*, donde hace esas preguntas: cuándo y dónde, en qué zanja terminará su vida. Es un poema completamente insignificante y lo conozco justamente por eso. En Viena nos llevábamos con los hijos de inmigrantes rusos, y Erwin (con quien, en ese entonces, intimaba hasta la cintura) y Dieter (con quien, en ese entonces, intimaba de la cintura para abajo) tradujeron ese poema al alemán y se lo dieron como poema de un poeta alemán a Lisa, hija de un guardia blanco, la cual era una cabeza de chorlito. Le pedimos que tradujera los versos al ruso con la promesa de que Dieter iba a publicar su traducción en un periódico... Aquello fue toda una comedia... Y tú, querido, tomas todo demasiado en serio...

—Eso piensas porque no sabes todo. Hay algo aún más terrible.

—¿Qué podría ser?

—Lo terrible es que yo compré ese sueño.

—¿Tú compras tus propios sueños? No entiendo cómo eso es posible.

—Yo no debería soñar ese sueño ahora. Debería soñarlo en tres semanas. Pero yo pagué por soñarlo la noche pasada, es decir, por adelantado.

—¿Qué estás diciendo, querido? Vamos, mírame, los ojos son como el whisky, siempre hay un poco de verdad en su fondo... Veamos... Sabes, yo creo que tú visitas regularmente a ese vendedor de futuro, ese charlatán que vende el viernes por martes. Y lo ocultas. ¡Admite que llamaste al número que te dio aquel ladrón!

—¿Y qué si lo visito?

—Si tú vas ahí, yo iré contigo. Quiero ver qué quiere de ti.

¿Acaso es una mujer?

—No. Pero tengo que estar ahí solo. Es una de las condiciones.

—¿Una de las condiciones? Es decir, hay otras condiciones. Por lo visto, ¡ese tipo te chantajea! Y desde luego pide dinero. ¡No me digas que te vendió tu sueño y que fuiste tan estúpido como para pagárselo! Mañana vamos juntos. Yo quiero verlo también.

—Mañana podemos ir juntos, pero al hospital. Tengo una cita en cancerología. Deben examinar mi garganta.

—¿Cancerología? —grita *madame* Lempitska mirando a Distelli aterrada. Trata de penetrar el secreto detrás de esa terrible verdad. Ella sabe que el secreto es siempre más viejo que la verdad.

3. MAGNUM

Querida Lempitska,

No te sorprendas de que te escriba una carta electrónica en vez de llamarte por teléfono, pero mi voz ya no me sirve, por lo que tampoco me sirve un celular. Podría enviarte mensajes sms, pero como sabes, no sé hacerlo. Por eso dejé mi celular en casa. Te estoy enviando esta carta desde el hospital y la estoy escribiendo en mi computadora portátil, porque aquí me espera una estancia larga. Cancelé mi participación en esta temporada de ópera y anoche tuve que internarme de nuevo y por largo tiempo. De todos modos, jamás me ha gustado el papel de Boris Godunov. Mis resultados no son buenos, pero tengo a alguien que me hace todo esto menos pesado. Es mi «vendedor de sueños», como tú lo llamas. Por mucho que te moleste que lo vea y hable con él de vez en cuando, él me ha enseñado cómo dividir el dolor, que es cada vez más fuerte, en pequeñas rebanadas, como una bola de queso, y digerirlo más fácilmente, pedazo por pedazo. Él sabe que la enfermedad tiene su alma. Ésta obra por su propio bien dentro de nosotros y lucha con nuestra alma. ¿Quieres una prueba del alma de la enfermedad? Aquí está, a la mano: de todas las células del cuerpo humano, sólo las células del cáncer son indestructibles... Luego entonces, eternas. He vuelto a tener pesadillas por la noche, de nuevo sueño con Pushkin.

Ahora, en mi sueño, él está arrellanado en una poltrona del siglo XIX y observa el retrato de su bisabuelo del siglo XVIII. Delante de él hay un pequeño baúl repleto de monedas antiguas con varias agujas africanas. Pushkin está pensativo, pero esta vez no piensa en verso y tampoco piensa en ruso. Imagínate, ¡piensa en francés! Yo no tenía idea de que él supiera

francés tan bien en el sueño. Pero a pesar de que yo comprendía todas las palabras, no entendí nada de lo que rondaba por su cabeza:

«—Un poco de magia africana de mi bisabuelo Hanibal —pensaba— y otro poco de magia balcánica del conde Raguzinski no estaría de más...».

De repente, Pushkin grita un nombre que casi me despierta:

—¡Arina Radiónovna! ¡Dada!

Aparece una anciana a la que ordena traerle tres muñecas de trapo; ella le acerca tres criaturas bien cosidas de faldas anchas que se usan en la mesa como cubiertas para una tetera, un plato de galletas o una cesta de huevos cocidos a fin de preservar el calor de los alimentos...

Es el lugar donde el sueño se interrumpe, y siempre se interrumpe exactamente en el septuagésimo primer segundo del sueño. Pero yo no lamento despertar, porque es mejor que mi sueño se vea interrumpido por un «vendedor de futuro» que por el dolor.

Es por ese dolor que te escribo esta carta. Puede suceder que el dolor pronto se vuelva insoportable, en cuyo caso necesitaré tu ayuda. Ve a mi departamento (tienes la llave) y toma del cajón del baúl para bebidas lo que está envuelto en un pañuelo morado. Y tráemelo. Esperemos que no sea necesario, pero al fin y al cabo es mejor tenerlo a la mano para terminar con mis dolores. Arreglé con mi médico para salir pasado mañana por una hora, así que nos encontraremos alrededor de las cinco de la tarde en la cafetería La felicidad empieza con una T, donde solíamos tomar té. Allí me darás esa cosa en el pañuelo morado y yo te revelaré la gran noticia que te tengo desde hace varios días. Por fin, ¡es una buena noticia y se refiere a mi salud!

Te amo. Visita a Tamazar. Está en la casa de la muda Selina.

Tu Distelli

Con una sensación de que el tiempo podría atorarse y luego empezar a correr hacia donde nunca había corrido, madame Marquesina Andrósovich Lempitska se va el día acordado al departamento de Distelli, de paso visita la casa vecina de la «muda» doña Selina para darle un beso a Tamazar, luego, como si fuera una cueva desconocida, entra en el dormitorio del cantante en el que antaño había pasado bellos momentos. Sobre la mesa encuentra el libro *Du bon usage de la lenteur* abierto, se sienta sobre el barrilito de cristal que sirve de silla y en el fondo del cajón del baúl para bebidas encuentra algo que le quita el aliento. Un costoso revólver Combat Magnum, además cargado. Adentro están las seis balas. Está envuelto en un pañuelo morado.

Ella entra esa tarde en el oscuro y semivacio café La felicidad empieza con una T con sus medias llenas de vellos erizados y un enorme sombrero negro repleto de cabello y miedo, ordena un capuchino y echa una mirada a su reloj de marca Chopard, pero por alguna razón no sabe leer sus números y no comprende para qué sirven.

—¿Qué se hace con esto? —se pregunta fijándose sorprendida en la carátula, al tiempo que siente bajo su mano el asiento de madera y, al tacto, acierta infaliblemente que está hecho de tejo. Luego, al posar su mano al lado de la taza, descubre que sabe que la mesa está hecha de fresno blanco. A primera vista ve que las paredes están revestidas con tablitas de picea. Hasta tienen su aroma... No llega a sorprenderse de que su olfato se haya agudizado repentinamente, porque en ese instante Distelli entra en la sala. Deprisa la abraza y besa en una y luego en la otra sien, mientras susurra con una voz cambiada y ronca:

—¿Lo trajiste?

Ella le tiende el bulto en el pañuelo morado y los dos toman asiento.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunta ella, pero él niega con la cabeza. Está pálido, la mira a través de tres oscuridades,

pero está hermoso, tal vez más hermoso que nunca, únicamente sus orejas se ven transparentes y traslucen su cabello dorado.

—Te hace falta dormir. ¿Otra vez te atormentan aquellos sueños?

Él asiente con la cabeza.

—Por favor, no te apresures con el Magnum. Ni siquiera en el caso de los peores resultados... ¿Acaso lo son? —*Madame Lempitska* se interrumpe a sí misma, a lo que *Distelli* se le aproxima por completo y le susurra:

—Tengo una noticia importante que decirte. El «vendedor de futuro» me dio una parte del sueño que soñaría en tres semanas apenas. Y yo ya la soñé. También trata de *Pushkin*, a quien un demonio femenino de ese sueño contesta a su pregunta de cómo moriría, de modo que ahora yo también sé cómo voy a morir. ¡Lo más importante es que no voy a morir de la garganta! ¡Me voy a curar de la enfermedad que ahora padezco y me tiene en el hospital! Porque la predicción que me trajo el sueño de mi futuro dice que voy a morir del *estómago*, ¡y no de la garganta! Ahora debo regresar. Ven a visitarme al hospital pasado mañana. ¡Tal vez para entonces ya sabré cuándo saldré!

—Yo te llevaré al hospital —intenta *Lempitska*, pero en vano. *Distelli* la lleva hasta su hermana, la deja allí, y él se va solo.

Afuera destella una caspa de estrellas, mientras *Distelli* conduce hacia el hipódromo y se detiene allí. Al salir del coche percibe que la sabiduría de otoño se puede casi respirar; por un momento observa los árboles que ya se cubrieron de canas, y luego, usando la llave del elevador particular, sube a la oficina del director de la casa de apuestas del hipódromo, señor *Isaías Cruz*. Lo encuentra desvelándose encima de sus cuentas y lo mata disparándole con su *Magnum* tres balas al cuello. Después regresa por el mismo camino. Al bajar el ascensor, *Distelli* saca de la chapa la llave especial para el piso IV y la tira al suelo del elevador. A esa hora de la tarde no hay personal en el hipódromo, pero en la salida *Distelli* se topa con una morena

en blusa roja y pantalón de mezclilla. Él sale de prisa, y ella levanta la llave del suelo y sube al piso IV.

Distelli está de nuevo en el hospital. Coloca el revólver con las tres balas restantes en el tambor en la caja fuerte de la suite del hospital y se acuesta. Mientras espera que los sueños maten el dolor en él, parece un vaso del que no bebieron hasta el fondo, en el que el resto del vino ya se evaporó, se secó y se convirtió en el vidrio pintado... En el mundo quedan tras él un galgo regio y un crimen perfecto.

Cuando una de las mañanas siguientes *madame* *Marquesina* *Andrósovich* *Lempitska* llega al hospital para visitar a su amante, apenas la dejan pasar. Se quedan solos brevemente. Él se ve mal, *madame* *Lempitska* concluye con asombro que *Distelli* ahorra las miradas como si fueran dinero y pudieran llegar a gastarse.

Y entonces, de alguna parte desde arriba, a través de su sombrero, le azota un pensamiento terrible: «Las miradas realmente pueden gastarse».

Con las últimas fuerzas y los ojos cerrados, *Distelli* le tiende su *Magnum* envuelto en el pañuelo morado. Ella lo guarda rápidamente en su mochila, casi alegre, pero enseguida comprende que esa cosa ya no tiene ninguna importancia en la vida de *Distelli*. Ni en su muerte. Aterrada, llama al personal del hospital. Le comunican que *Distelli* tiene una metástasis que le ha invadido el estómago.

Entonces, *Distelli* abre los ojos por última vez y muere con las siguientes palabras:

—Volví a soñar aquel sueño. Estaba en el futuro. En el futuro dentro de cuatro meses que no voy a vivir para ver. Era irresistible. Setenta y un segundos de la eternidad... ¡Qué iluminación! ¡Al final de la soledad empieza la muerte!

Ya muerto, *Distelli* tiene el ceño fruncido como si en el más allá se hubiera topado con algo reprobable. Mueve los remos de sus cejas varias veces y se desplaza inesperadamente en la cama del hospital como si a su lado hiciera lugar para alguien.

...el primer día de la guerra...

...que apartado de los demás...

TERCER CAPÍTULO LA SÉPTIMA BALA

...el primer día de la guerra...

I. MUST DE CARTIER POUR HOMME

El hombre que apareció en el departamento de asesinatos ante la señora Marquesina Andrósovich Lempitska, es de estatura baja, lleva una camisa rociada con agua de colonia *Must de Cartier* y tiene un ojo más veloz que el otro. Mirándolo fijamente a través de la sombra de su sombrero pesado, la señora Lempitska deduce: para éste, ningún agua es húmeda.

—Señor inspector superior, quería verlo porque no me queda todo claro con respecto a la muerte de mi querido señor Distelli, cantante de ópera, que como usted sabe por los periódicos, fue recientemente sepultado.

—Interesante —balbuca el señor inspector superior a través de su barba bicolor, y le pide a la dama tomar asiento. Ésta enseguida saca todo lo que sabe:

—Tengo conocimiento de que Distelli tuvo un robo en su departamento unos meses antes de morir: me contó que había hecho un trato con el ladrón bajo extrañas circunstancias y que éste, a cambio, le proporcionó el número de un «vendedor de futuro» a quien Distelli posteriormente frecuentaba. Incluso sus sueños estaban influidos por esa persona, de quien Distelli me había dicho que no era una mujer. Dado que tengo la llave del departamento del señor Distelli para alimentar a su perro, allí encontré su teléfono celular y en él, el número que le había dictado el ladrón. Es éste: 0389-430-23001... Para concluir: yo creo que por ahí podría averiguarse algo, porque no creo que la muerte del señor Distelli se deba solamente al cáncer. Las cosas son mucho más complejas...

—Pero, señora Lempitska, el informe médico es indiscutible: el señor Distelli murió a causa de cáncer de esófago con metástasis en la región abdominal.

—Querido señor inspector superior, todo eso es cierto, pero el secreto es siempre más viejo que la verdad. ¿Por qué no visitamos a ese «vendedor» para que sus ojos hechiceros lo vean personalmente?

En el rostro del señor inspector superior aparece entonces su famosa sonrisa femenina y él se levanta.

Δ

—¿Quién está a cargo en este recinto? —pregunta el inspector superior, Eugen Stross, unos minutos más tarde al dispositivo en la entrada del edificio de ladrillo rojo y se presenta. Se abre la puerta con la placa en la que está escrito:

SYMPTOM HOUSE

A. & S. K. - Venta de bienes muebles

Madame Lempitska y el señor Stross suben por las escaleras y de pronto se encuentran en una minúscula iglesia de bolsillo, de estilo protestante, con los adornos más elementales. Los recibe y conduce a los bancos del «templo» una mujer muy hermosa, de grandes ojos soñolientos que a cada rato parecen caer de un sueño ajeno al suyo. Lleva desplegado en su cabello un abanico de laca negra, salpicado de estrellas de la constelación Cáncer...

El señor Stross le comunica que está reuniendo información sobre el difunto cantante de ópera Distelli y le presenta a *madame* Lempitska.

—¿Usted es pariente de la pintora del mismo apellido?

—No. Yo soy pariente del difunto señor Distelli —miente Lempitska.

—¿Esto es una iglesia? —pregunta el inspector superior. A hurtadillas, mientras las dos damas estaban ocupadas en su conversación, él aprovecha la ocasión para entreabrir el cajón de su banco y cerrarlo rápidamente. Estaba semivacío, excepto por un objeto alargado y transparente que brillaba en el fondo. El inspector alcanzó a ver sólo un pedacito de una inscripción que terminaba en «...tagás».

—No, esto no es una iglesia, es una empresa mercantil.

—Ah, entiendo. Está bien. ¿Sería usted tan amable de ayudarnos con algunas dudas en relación con el difunto señor Distelli, cantante de ópera? Pero voy muy deprisa. Primero, dígame, porque no lo tengo muy claro, ¿con quién tenemos el gusto de hablar?

—Sandra. Sandra Klozevits. Propietaria de la empresa Symptom House. Soy astróloga, registrada.

—¿El difunto Distelli fue su cliente?

—Sí.

—¿Qué le vendió?

—Un fragmento breve de su futuro, pero no creo que se pueda morir del futuro.

—¿Y de qué murió Distelli en su opinión?

—Su diagnóstico fue cáncer.

—Tiene razón, señorita Klozevits —contesta Stross en tono conciliador justo en el momento en que *madame* Lempitska se entromete en la conversación.

—¿Con qué comercia usted en realidad?

—Vendo sueños. Un pan bien amasado y un sueño bien amasado valen oro. Y se venden bien.

—¿Es como decir que vende niebla?

—Lo que acaba de decir, señora Lempitska, es mucho más cierto de lo que usted se imagina. Hay mucha niebla en los sueños, desde luego, pero hay muchos más sueños en la niebla.

—¿Y cómo es esto?

—El aire, desde siempre, ha estado lleno de sueños. En realidad, los sueños están por todas partes a nuestro alrededor. No sólo los nuestros, humanos, sino también los de animales, plantas y piedras; o los sueños del agua que son eternos, porque el agua nunca olvida nada, recuerda todo para siempre. Todo alrededor nuestro está lleno de sueños ya soñados y aún sin soñar. En estado de vigilia inhalamos los sueños sin notarlos, como tampoco notamos el aire, cuando lo hay, y durante la noche nos habitan por un rato alimentando lo que nuestros pensamientos y nuestra comida y bebida no son capaces de

alimentar. Hay un libro en el que se puede leer que todos esos sueños que llenan la atmósfera de la Tierra y las tormentas magnéticas arriba de ésta, hasta el Universo, forman un contorno reconocible, un cuerpo enorme inclusive, pero para nosotros, vendedores de sueños, eso no tiene importancia. Nosotros somos una especie pretérita de mercaderes, aunque poco conocida. Casi una casta. No somos una secta religiosa, sino un gremio mercantil que se ocupa de la venta de sueños y su mercado en general...

Mientras la señorita Klozevits habla, el inspector superior Stross calla de tal modo que sus pensamientos pueden escucharse tres metros detrás de él. Éstos son sus pensamientos:

—¿Dónde consigue su mercancía?

—En la parte atemporal del Universo, donde los sueños soñados y sin soñar flotan juntos desde siempre como en un pastizal. Los sueños de todos dentro de un signo particular del zodiaco.

—¿Los sueños soñados y sin soñar? —queda extrañado el señor Stross.

—Sí, justamente así. Los *sueños soñados*, por ejemplo, tienen un gran papel histórico, aunque carecen del valor mercantil que se merecen. Flotan en su atemporalidad y están disponibles para los que saben canjearlos por efectivo. Le pondré un ejemplo:

»Supongamos que una mujer hubiera soñado en el Punjab una operación matemática, un teorema, doscientos o trescientos años después del siglo en que vivió el sabio griego Pitágoras. Era analfabeta y no comprendió su sueño, de modo que lo olvidó enseñada. Ese sueño, al igual que todos los demás sueños, siguió flotando en el universo atemporal. Únos años antes de que Pitágoras ideara su teorema posteriormente famoso, un mercader de sueños adquirió por casualidad y luego transmitió, cedió, canjeó, o quién sabe, tal vez le vendió a Pitágoras el sueño de aquella mujer (que vivió siglos después de Pitágoras) y así éste obtuvo en el sueño la "iluminación", la clave para la solución y "leyó" y "descubrió" su teorema.

»Es decir, para no hacer el cuento largo, desde hace tiempo hay gente que sabe captar y atrapar sueños "en una rama", por así decirlo. Después los sacan al mercado y los venden. Yo soy una de esas personas. Y pago mis impuestos regularmente. Eso es todo... Pero tengo mis compromisos, y ahora les pido que me permitan atenderlos.

Mientras se van, el inspector superior, señor Eugen Stross, le parece a *madame* Lempitska menos ceñudo, más agradable (tal vez por el cansancio después de la lección metafísica) y significativamente más feo. Al despedirse de él, a *madame* Lempitska le viene a la mente lo siguiente:

Por Dios santo, éste tiene que pagar cada vez la misma mujer cien dólares más caro.

2. ANTRACITE

El veintitrés de julio a las 14 horas y 35 minutos, sin saber la fecha ni la hora, una señora de edad mediana, en la entrada de un edificio de ladrillo rojo, oprime impacientemente la plaquita en la que está escrito:

SYMPTOM HOUSE

A. & S. K. - Venta de bienes muebles

Mientras espera a que se abra la puerta, su sombrero cubre sus ojos con sombra abigarrada y éstos se tornan multicolores. Bonitos, de modo que cualquiera los compraría hasta por pieza, como huevos en un mercado. Sus senos huelen. Uno a membrillo, el otro a pera. La señora disfruta que se los pellizquen en la calle, lo cual ocurre rara vez, aunque todos desean hacerlo. A veces, incluso las transeúntes. Por la noche, ella se pone una máscara púrpura para dormir y descansa bajo la frase que le lanzaron una vez: «¡Una mujer así no necesita nombre!».

—¿Quién es? —pregunta la voz que sale de la plaquita negra.

— Marquesina Andrósovich Lempitska.

—¿Usted de nuevo? ¿También trae a la policía?

—No. Esta vez vengo sola.

—¿Y qué es lo que quiere? Ya le dije que esto no es una iglesia.

—Hoy vengo como cliente.

Así que *madame* Lempitska sube al «templo» donde encuentra a la señorita Sandra y mientras toma asiento en el banco le dice:

—¿Qué es lo que realmente tiene para venderme?

La señorita Sandra se arrodilla a su lado. Emanan de ella el perfume *Antracite*.

—Puedo venderle la retrospectiva de sus sueños más bonitos o más espantosos del siglo pasado; los volvería a soñar por un precio muy moderado. Pero ¿para qué los quiere? Ya los vio y soñó todos. Tengo algo mejor para usted.

—¿Qué sería eso, señorita Sandra?

—Nuestra experiencia milenaria y varios milenios de oferta y demanda de mercado muestran que son pocos los compradores interesados, como Freud o Jung, en los sueños ya soñados; la mayoría, en realidad, no quiere la «mercancía de segunda mano» y compra los sueños futuros aún no soñados, ya sean propios o ajenos, que son una especie de ventana abierta al porvenir, porque a través de ellos, éste puede verse sin la mediación de brujos, adivinos o médicos.

»Esos sueños, aún no soñados, de una persona en particular, son los más difíciles de detectar y cazar, y por consiguiente, son más caros. Para la persona que va a soñarlos, esos sueños tienen un valor enorme, mientras que para los demás compradores apenas tienen importancia. Pero al comprar uno de esos sueños usted, en realidad, compra un fragmento de su vida futura.

—¿Y cómo saben ustedes, entre tantos sueños que menciona, cuál es de cada quien?

—Lo sabemos porque su sueño es una *pieza única*. No existe ningún sueño ajeno que sea idéntico al suyo. Para reconocer un sueño de usted, sólo debo tomar algo suyo, como cuando a un sabueso se le da una prenda del perseguido para olfatear. Es una parte muy difícil de nuestro trabajo. Es como si usted fuera a la caza de tigres para atrapar un solo tigre en particular, que vive en una zona delimitada, en donde tiene un nombre conocido por todos los aborígenes y en donde se recuerda en qué lugar despedazó a qué persona...

—Me ha contado tantas cosas que ahora sigo sin saber qué es lo que ofrece venderme.

—Su futuro. Le puedo vender un fragmento de su futuro. No más de un minuto. Tal vez unos diez segundos más. Pero,

admitámoslo, vale la pena obtener, hoy mismo, una parte que soñaría en tres años o cuando tenga cincuenta.

—¿Es caro?

—Sí, pero no en dinero. Como tampoco la mercancía tiene una forma real. No se trata de un día de su futuro, sino de una noche, además, una noche futura que habrá dormido. Voy a repetirlo. La mercancía es en realidad un sueño suyo que debería soñar en el futuro, trasladado a su presente.

—¿Cuáles son las condiciones para hacer un trato con usted?

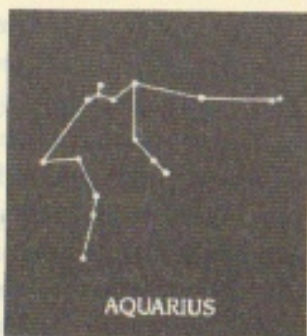
—Sólo hay tres condiciones que hay que satisfacer. Empecemos por las más fáciles. Primero, me pagará mil dólares. Segundo, tendrá que abrir una caja de seguridad a su nombre en un banco. Le daré la tarjeta de ese banco y el nombre de la persona a la que debe dirigirse. Tiene que hacer una cita por teléfono. En cuanto a la caja de seguridad, no importa lo que coloque en ella. Puede ser incluso un pañuelo. Lo que importa es que obtenga un número de caja registrada a su nombre y con eso vendrá conmigo para que le diga la tercera condición, la más difícil.

Y la señorita Sandra tiende a *madame* Lempitska una tarjeta azul y dorada. Ésta la toma, la inspecciona y, confundida, la baja hasta su sombrilla, provista de un pequeño bolsillo en la orilla.

Al despedirse, la señorita Sandra agrega:

—Por cierto, tiene que decirme en qué signo nació. Es importante que lo sepa porque sus sueños, soñados y no soñados, flotan en el espacio atemporal de la constelación de su signo; dado que hoy está despejado, esta noche se pueden localizar a simple vista.

Lempitska tiende su tarjeta en la que en vez del nombre y número de su calle están dibujadas las estrellas de la constelación de Acuario, bajo cuyo signo había nacido.



Al día siguiente, una empleada del banco Plusquam city informa a *madame* Lempitska:

—El señor Erlangen la recibirá enseguida.

Erlangen tiende la mano a *madame* Lempitska sin quitar de ella su mirada de goma. Ella lleva el vestido exótico Balkánica de piel sedosa, diseñado por Mona, las medias curativas Sanpellegrini que huelen a algas con té, y un reloj que habla. Inundándola con su voz y su andar con un toque de *Dolce & Gabbana*, Erlangen la conduce a un salón con dos poltronas revestidas de piel color rosa donde se sientan. Entre ellos está el delgado chorro de agua de una fuente encerrada en un cristal y una luz azul marino, que se asemeja a un ramo de gladiolos. Erlangen le ofrece un café de El Cairo que él mismo prepara en una hornilla colocada junto a una pared negra. Luego se sienta y pone música. Es Mozart. Al fondo del salón está la puerta redonda de plata de la enorme sala con cajas de seguridad. La puerta está cerrada.

—¿Cuál es la bella ocupación de la señora Marquesina Andrósovich Lempitska, si puedo preguntar? Así, en el ocio. Por favor, no tome esto como una pregunta oficial. Aquí no tenemos derecho a ese tipo de cosas.

—Cómo decirle, nada en particular. Me gustaba leer libros. Pero desde que hemos entrado en el siglo XXI, mejor dicho, en la era de Acuario, no puedo leer los libros del siglo XX. Como si todos los héroes de esos libros hubiesen emigrado a alguna parte y los hubieran dejado vacíos. Además, no

puedo captar qué se escribió para un lector-hembra y qué para un lector-macho... ¿Y usted? ¿Su nombre es, me parece, señor Erlangen?

—Sí, señora Lempitska, Maurice Erlangen. A mí me gusta escuchar música aquí, por la tarde. Esto es una ópera de Mozart, *La flauta mágica*... ¿También le gusta la música?

—Oh, sí. Me gusta la de Gotan Project; a menudo escucho el disco llamado *El camino jázaro* o la compilación de *Buddha Bar*...

—Quiere decir que en eso somos «espíritus afines». ¿Y qué tal las películas? ¿Qué género le gusta?

—No lo sé con exactitud. Las hay demasiadas y yo no sé escogerlas ni ubicarme entre ellas. Jamás logro dar con una buena, y por lo mismo, me pierdo las mejores.

—Pero, querida señora Lempitska, al menos las películas son un asunto fácil. El pasado y el futuro son dos eternidades ciegas y mudas detrás y delante de nosotros. Desde que se inventaron las películas, las grabaciones sonoras y de video son las únicas excepciones que preservan esa mitad de la eternidad detrás de nosotros. De modo que no se puede perder las películas. Alguna vez vendrá a mi casa para ver en pantalla de cristal líquido las mejores películas que existen. Las tengo todas. Si después de la tercera no admite que es así, jamás vuelva a ver una película... Pero yo hablo demasiado y no le dejo escuchar a Mozart...

El señor Erlangen se levanta para servir más café y entonces *madame* Lempitska ve bajo su saco algo que siempre le ha erizado la piel: un Combat Magnum, el mismo objeto costoso que poseía su difunto amante, Matheus Distelli. Ella sujeta energicamente su mochila y pregunta:

—¿Y su trabajo no se ve afectado por el tiempo que pasa aquí con música?

—Al contrario, señora Lempitska, esto es una parte importante de mi trabajo. En realidad, nosotros ahora estamos esperando a que se abra nuestra sala con cajas de máxima seguridad.

—Si lo he entendido bien, estamos esperando la llave de esa sala y de esta puerta redonda.

—No. Lo que estamos escuchando es la llave de esta puerta. Se tienen que escuchar exactamente los determinados catorce minutos de *La flauta mágica* de Mozart que decodifican la chapa y podremos entrar. Cada día cambio esa contraseña sonora y escojo un nuevo compositor... Ahí está, se nos acaba de abrir. Adentro le ayudaré personalmente a tomar su caja de seguridad y luego la dejaré sola con sus objetos de valor...

Madame Lempitska por fin está «dentro», sola y confundida. Mira por todo el cuarto como si buscara dónde un ángel perdió su botón. Luego se espabila y de su mochila saca deprisa el revólver *Combat Magnum* del difunto *Matheus Distelli*, envuelto en un pañuelo morado, y lo coloca en su caja de seguridad.

Partiendo con el número de la caja en su mochila, pese al dolor por su cantante favorito, dolor que le oprime como un sostén apretado, *madame Lempitska* siente una especie de alivio, un relajamiento desvergonzado de que su amante y su preocupación por él se hayan ido de este mundo...

A

—¿Cuál es la tercera condición? —*Lempitska* hace la inevitable pregunta en su nuevo encuentro con la señorita *Sandra*.

—Sexo oral.

Lempitska ríe.

—¿Por qué cree que lo aceptaría? No soy una lesbiana.

—Tampoco yo soy una mujer —contesta con voz gélida la señorita *Sandra*.

—¿No eres mujer? ¿Y qué eres entonces? —*Madame Lempitska* pasa al tuteo.

—Soy andrógino.

—¿Y qué es eso?

—Puedo ser las dos cosas. Pero puedo decirte que eróticamente no me atraes en absoluto.

—¿No?

—No. En este caso, hay otra razón, mucho más importante que cualquier plano erótico. Es la única manera de comprobar si el sueño que pienso venderte es tuyo o no.

—¿*Distelli* también tuvo que pasar como yo por todo esto para obtener su sueño?

—¡Claro que no! —ríe la señorita *Sandra*—, sus pruebas tuvieron que ser totalmente diferentes. Yo no invento las pruebas, las impone el sueño en cuestión.

—Si acepto, ¿cómo será ese sexo oral? No tengo idea de qué es lo que realmente tienes entre las piernas.

—Lee a *Jung*, ahí se explica bien que no hay que confundir a un andrógino con un hemafrodita. Pero dejemos la ciencia. Mañana vendrás aquí a cenar. Y todo se dará entonces y en la mesa. Cómo se va a dar, depende de ti. Si no vienes, no pasa gran cosa. Tu sueño seguirá colgado de una rama o estrella y te seguirá esperando en alguno de tus futuros. No lo olvides: yo no trato de persuadirte de nada. Viniste sola y decides sola... Pero si vienes de nuevo y la cosa se da, al día siguiente soñarás un fragmento de tu futuro, más precisamente, soñarás ahora el sueño que habrías de soñar en unos meses.

3. ENVERGURE POUR HOMME

Al fondo de la habitación, junto a la pared, hay un armario alto diseñado al estilo burgués alemán Bidermeier, del siglo XIX; tiene siete cajones, por lo que lo llaman usualmente El Siete Días, ya que dispone de un cajón por cada día de la semana. Ante él hay una mesa puesta y en ella la cena para una persona. Sólo hay una silla en la habitación. Cuando *madame* Marquesina Andrósovich Lempitska entra, la señorita Sandra está sentada en esa silla y lleva tiempo cenando. El menú consiste en sushi con jengibre, una ensalada de algas marinas y té verde. El reflejo del té verde está temblando en el techo.

La señorita Sandra no interrumpe su cena aunque no quita su mirada de la invitada. Su cabello brilla, sus dedos descansan suavemente sobre los palitos de marfil con los que agarra bocados de arroz. Pero esos dedos están enfundados en guantes. Además, no en cualquier tipo de guantes. Un guante tiene siete dedos, el otro cinco. A juzgar por sus guantes, la señorita Sandra tiene una docena de dedos. Justamente el mismo número que los meses del año. Un dedo por cada mes.

No hay ningún saludo, ninguna seña que indique lo que la invitada debería hacer. Lempitska espera un tiempo, cambiándose de un pie al otro, luego, lanza inopinadamente su sombrero con la sombra abigarrada a un rincón del cuarto, y se sacude primero uno, y después el otro zapato con tacones de cristal Swarovsky. Con eso, le vienen a la memoria las palabras de Distelli:

«Marquesina, ¡ponte el calzado!».

Sus ojos corren a toda velocidad, su minifalda de vidrio no le estorbará, se pone a cuatro patas y se mete debajo de la

mesa. Allí queda asombrada por dos cosas: ahora la fragancia ya no es *Antracite*, que había sentido desde el primer día en la señorita Sandra, sino *Enverguere*, un perfume para caballeros. Lo otro que casi la hace desmayar es el miembro viril de más de veinte centímetros que encuentra entre las piernas de la señorita Sandra. En ese momento, Sandra deja de tomar el té y con su mano de siete dedos enciende un cigarro. Lo sostiene entre el septiembre y el octubre. Así, las dos están fumando. La señorita Sandra a la mesa, y *madame* Lempitska, debajo de ella...

Al terminar la sesión, *madame* Lempitska se endereza y mira estupefacta el bellissimo rostro de la señorita Sandra que le dice:

—Mañana por la noche soñarás un sueño que ibas a soñar en siete meses, por marzo del año que viene. Al principio, no lo reconocerás. Te parecerá como cualquier otro sueño. Pero no te preocupes. Te convencerás cuando sueñes la continuación el siguiente año, porque yo, como ya lo hemos dicho, puedo proporcionarte sólo una parte muy breve de tu sueño futuro. Además, te daré un consejo. Cuando sueñes los sueños del futuro no deberías pasar la noche en el lecho en el que duermes normalmente. Duérmete en algún otro lugar. Y no vuelvas la cabeza en la misma dirección como en tu cama...

Δ

Al día siguiente, *madame* Lempitska compra para su «sueño del futuro» una góndola. Una verdadera lancha flotante veneciana en laca negra. El vendedor la cuelga con cadenas del techo de su dormitorio, y Lempitska avienta adentro almohadones de distintos colores. Al anochecer, toma un baño de burbujas, se pone un camión nuevo y su perfume *Addict Dior*, que de algún modo le huele a sandía, lo cual no le agrada particularmente, y se mete en su nido «flotante». Todo lo que en su vida había escuchado sobre los sueños se redujo a una sola cosa y mientras se va hundiendo en el sueño repite una frase:

«No hay que ser sordo en el sueño. Hay que recordar lo que se dice en él...».

«En cuanto se durmió, *madame* Lempitska se volvió un niño. El niño vivía en la gran casa de sus padres. Dormía en el piso de arriba, en un cuarto que estaba dentro de otra habitación más grande: el comedor. Es decir, era un cuarto dentro del cuarto. Tenía dos ventanas con bonitas cortinas; a través de las cuales se podía ver a los demás inquilinos y visitantes cuando entraban en el comedor, y por la noche, la madre, a su vez, podía asomarse para ver si el niño se había dormido.

«Pero a veces el niño no dormía. Mantenía los ojos cerrados y escuchaba. Siempre lo mismo. En la pared sin ventanas, había un enorme armario. Como un tercer cuarto dentro del cuarto. A veces, de ahí se podían escuchar pasos. Alguien caminaba dentro del armario del cuarto del niño... Eso no pasaba siempre. Pero podía escucharse muy bien... A veces, esos pasos detrás de la puerta de dos hojas del gigante de madera eran frecuentes e inquietos, pero en una ocasión se alejaron despacio, y luego, ya lejos, emprendieron una carrera. El niño se asustó y se irguió en la cama...».

En ese momento, el sueño de *madame* Lempitska se interrumpe. Por la mañana va decepcionada con su «vendedor de futuro» para preguntar qué significa todo esto. En el «templo» de Symptom House no está la señorita Sandra. Allí encuentra a un joven caballero de cabeza rapada con pequeños bigotes, en mocasines negros de charol, camisa azul y pantalón de mezclilla. Huele a *Enverguere* y pelotea el huevo de oro para el rapé del difunto Matheus Distelli. En la ceja lleva un arete. Lempitska vierte su ira desde la entrada:

—Usted es entonces la señorita Sandra. ¿Cómo puedo saber si no me ha engañado? ¿Fue una secuencia de sueño muy breve y sin ninguna relación!

—Por supuesto, son exactamente setenta y un segundos de su futuro. En realidad, es el inicio del sueño que va a soñar en

siete meses, en marzo del año que viene, que es cuando va a soñar el resto del sueño.

Madame Lempitska está tan angustiada que no nota que el «vendedor de sueños» se comporta como si se conocieran por primera vez, como si nunca hubiese sido la hermosa señorita Sandra de rodillas abiertas bajo la mesa y como si no se hubieran tuteado hace apenas unos días.

—¿Qué significa ese sueño?

—No me lo pregunte a mí. Los expertos le dirían que puede interpretar todo eso con las asociaciones que conducen al sueño (Jung) o las que llevan fuera de él (Freud)... Pero dejemos algo en claro: yo no soy un psiquiatra, no curo a nadie, tampoco a usted, ni interpreto los sueños; simplemente los vendo. Si quiere la continuación del sueño soñado del futuro que ha comprado, si la quiere ahora mismo, es un nuevo pedido. En ese caso tiene que pagar otros setenta y un segundos de su futuro, y sigue el mismo procedimiento.

—No tengo ni la más mínima intención de continuar. Pienso que usted ha abusado de mí. Voy a llevar este asunto con un abogado. ¿Quién es usted en realidad? Escatima los supuestos sueños por metro. ¡Ese huevo de oro para el rapé lo robó del cantante de ópera Distelli cuando irrumpió en su departamento!

A estas palabras de *madame Lempitska*, Aleksa o Sandra Klozevits comienza a canturrear a Mussorgsky, abre el huevo y de ahí se empolva la nariz. Ahora el huevo de oro para el rapé con cocaína de Distelli le sirve a Aleksa Klozevits de polvera.

4. ADDICT DIOR + DOLCE & GABBANA

Marquesina Andrósovich Lempitska toma el tratamiento «anti-age» de caviar y se cubre las uñas con el «barniz inteligente» que cambia de color según sube o baja su temperatura interior. Así arreglada, se va a El Cairo con su nuevo amante, el señor Maurice Erlangen. Al aterrizar, sus uñas moradas adquieren el color de rosas blancas, y el señor Erlangen la registra en el hotel Mena House. En cuanto abren la puerta de la terraza, la enorme pirámide de Keops parece tocar su cama. La pirámide color arena roja está ahí, al alcance de la mano. Con el olor de la pirámide se mezcla el aroma de sus cuerpos, los perfumes *Addict Dior* y el *Dolce & Gabbana* masculino.

—¿Qué tan viejo es ese monstruo que fígonea por debajo de nuestro cobertor? —pregunta *Lempitska*.

—En realidad, la pirámide está desollada y nosotros sólo vemos su carne. Un millón de noches después de haber nacido no se veía así. No había adquirido ese color ni siquiera después de diez millones de noches. Pero luego, sobrevinieron varios centenares de millones de noches y tras diversos golpes de envejecimiento, empezó a adquirir su aspecto y color actuales. De ese modo va envejeciendo y encaneciendo.

—Me asustas —dice *madame Lempitska*. Para consolarla, el señor Erlangen la abraza y le promete llevarla al antiguo suk de El Cairino, donde se toma el té árabe tostado...

Erlangen es un seductor irresistible y los dos se besan apasionadamente entre los beduinos con camellos cuyas miradas se desdibujan en ellos. Por la noche, él cachetea sus senos y lame su espina dorsal, y en el día, ella por fin tiene a alguien que le pellizque los pechos en la calle, entre las cabras y las canastas con panes egipcios. En el barrio copto, al señor

Erlangen le encienden narguiles y él fuma a través del agua el tabaco oloroso Dos Manzanas, mientras una anciana adorna con varitas los ojos de Lempitska al estilo de los antiguos egipcios: Lempitska adquiere la vista del dios egipcio Ra y los ojos del año 1350 antes de Cristo. Sus ojos son ahora la región oriental y la occidental del alma... El ojo derecho representa el Sol y adquiere la ceja y el delineado de color negro, con los párpados de color verde claro. El ojo izquierdo representa la Luna, y la ceja y el delineado llevan el azul marino, con los párpados ocres como arena. Es el ojo de la luz nocturna...

—Cuando el trabajo está terminado, la anciana dice:

—Ahora escucha, mi niña, lo que te va a decir la vieja Zoida. Tú tienes las pupilas rojas como una diosa. Pídele a tu hombre que te compre una piedra roja para ponértela en el ombligo. Es lo que llevan las diosas.

Erlangen está encantado, y en la primera joyería compra un rubí que Lempitska se cuelga en el ombligo. Erlangen la toma en los lugares más increíbles, en público. En el taxi, en el ascensor, medio muerta de miedo en una de las pirámides pequeñas, en el sanitario de hombres del museo egipcio, en el antiguo cementerio de El Cairo que habitan los vivos...

En el desayuno, Lempitska dice a su amante:

—¡Los dos nos vemos mejor en África que en Europa!

—No te fies de los espejos —contestó él—, los espejos árabes están hechos para que luzcas más delgada de lo que eres.

—No es verdad. Aquí las flores que conozco de Europa son enormes, más altas que yo, y su aroma es tres veces más fuerte. En Egipto, tanto la gente como los burros y las cabras están expuestos a los beneficios de la fitoterapia y de los vapores medicinales. Aquí, a la sombra es marzo, y al sol es julio...

En el viejo suk, apenas encuentran lugar en la calle repleta de mesas y sillas con gente llegada desde los cuatro puntos cardinales, que se ríe a la vez en un centenar de distintas lenguas y toma el té. Un belga se sube a la mesa y desde más de dos metros de altura vierte el té infaliblemente de la tetera a su vasito

abajo en la acera. Marquesina y Erlangen le aplauden, él toma el vaso y se sienta en la calzada a sus pies. Se presenta como Wim van de Koebus y les pregunta:

—¿Han oído la historia de la hierba? Si no, se las voy a contar. ¡No deben irse de El Cairo hasta que la escuchen!

Lempitska, sentada en el regazo de Erlangen, toma el té tostado, dormita, y con el dedo de Erlangen dentro de ella, escucha lo que el belga susurra...

El Cairo respira alrededor de Lempitska y Erlangen, expandiendo y encogiendo su enorme pecho, adquiriendo dos millones de nuevos habitantes cada noche y perdiendo el mismo número cada mañana. Los ojos en sombra de Lempitska no ven dónde está el norte y dónde el sur, cuál es la izquierda y cuál la derecha. Marzo es una época maravillosa en esa región, pero *madame* Lempitska no sabe la fecha y tampoco mira su reloj. Hasta que una noche, ahí en El Cairo, llega a tener un sueño. De hecho, no es un sueño. Es la continuación de un sueño bien recordado.

EL SUEÑO CAIRINO DE LA SEÑORA LEMPITSKA

«En cuanto se sumerge en los sueños, *madame* Lempitska se convierte en el niño que está sentado en su cuarto y escucha los misteriosos pasos dentro del armario. En una palabra, aun dormida reconoce que ya había soñado este sueño y que éste se está repitiendo. Pero cuando el niño asustado quiere despertar, ¡el sueño continúa!

»En esa continuación del sueño, el niño está sentado a la mesa, detrás de su espalda está el armario del cual a veces se escucha el murmullo del agua, y su prima, Hojarasca, entra al cuarto. Ella tiene catorce años, él aproximadamente la mitad, pero el niño ignora la edad de ambos. Es una tarde, el tiempo fluye deteniéndose a veces, como en las estaciones de trenes. Todos en la casa de los padres del niño disfrutaban de la siesta después de la comida, mientras Hojarasca trae en una charola un vaso con jugo de frambuesa y un tazón con papilla. Ella mis-

ma la hace y antes de bajar el vaso y el tazón a la altura del niño, sus labios se estiran en una sonrisa amplia, llena de dientes y lengua.

»El niño comprende muy bien lo que significa esa sonrisa y grita horrorizado:

»—¡No, no, no! —Pero no se mueve de la silla como si estuviera hechizado. En ese momento, Lempitska, que sueña ser el niño, experimenta por primera vez una erección. Hojarasca le ordena entonces:

»—¡Come!

»Asustado, el niño apura una cucharada de la papilla a la boca y enseguida empieza a beber el jugo, y Hojarasca se mete debajo de la mesa, con la cabeza le separa las piernas, lo desabrocha y lo toma en su boca chupándolo como un dulce. En ese instante, él deja de beber lo que está bebiendo, y ella comienza a beber lo que recibe de bebida...

»En el momento en que algo espeso y dulce quiere brotar del niño, el sueño se interrumpe y madame Lempitska despierta gritando».

La impresión del sueño es tal que Lempitska sacude a Erlangen dormido y le dice:

—Debo regresar a Europa de inmediato.

Él la mira con su mirada de goma y ríe sin palabras. Finalmente la besa y dice:

—Hermosura, mañana de todos modos íbamos a regresar. Mis vacaciones se han acabado y debo volver al banco...

Δ

La mañana resulta un poco ciega, la primavera no se ha hecho ni un poquito más sabia ese día en que *madame* Lempitska oprime por enésima vez la plaquita negra en la que está escrito:

SYMPTOM HOUSE

A. & S.K. -Venta de bienes muebles

—¡Coño... Tenías razón! ¿Quién carajo eres? —Lempitska grita desde la puerta y sin rodeos le pide al «vendedor de sueños» comprar el siguiente fragmento de su vida futura.

El bigote de Aleksa Klozevits esboza una sonrisa y extiende los brazos.

—Después de ver el sueño, se dio cuenta de que yo no tengo por qué engañar a nadie, y tampoco lo hice con usted. Si aquella noche se hubiera acercado a la mesa con la cena de otro modo, digamos desde algún otro costado de la mesa, habría sabido que el sueño no era suyo. Pero, debo decírselo de una vez, si vamos por un nuevo trato, lo que tengo para ofrecerle esta vez será más caro.

—¿Qué obtendría esta vez y por qué habría de ser más caro?

—Esta vez obtendría un pedacito de la eternidad. Por eso es más costoso e implica cierto peligro. Pero es mejor que no se meta en eso porque es un avispero y no estoy seguro de que le vaya a gustar lo que debo comunicarle a ese respecto, si es que proseguimos con el trato.

—Digalo con toda libertad. Soy temerosa, pero sólo para cosas pequeñas. ¿Qué me está tramando?

—Es el sueño que soñaría a sus 37 años. Es decir en dos años. Exactamente setenta y un segundos de su futuro que jamás habrá de tener.

—¿Dónde está la diferencia con el anterior sueño?

—Yo puedo proporcionarle cualquier sueño que soñará en cualquier momento de su vida. Pero éste no es ese tipo de sueño. Es un sueño que no va a soñar nunca, porque no llegará a vivir 37 años. Es un sueño de la eternidad. Un sueño del más allá. Pero suyo. Siento tener que decírselo, pero sin ese dato no podríamos proceder al acuerdo de compraventa.

—¿Cómo sabe que no voy a llegar a la edad de 37 años?

—Querida señora Lempitska, yo puedo calcular esas cosas. Si yo sé con exactitud el día en que yo mismo voy a morir, ¿por qué no habría de saber el suyo? Usted no va a llegar a vivir su trigésimo séptimo año. De ese año le puedo proporcionar sólo un pedacito del sueño que soñaría si estuviera viva.

—¿Acaso es posible hacer eso?, ¿cómo?

—Cuando usted atrapa un pájaro, nunca atrapa sólo una mitad de él, o una cuarta parte de él, sino el pájaro completo sin importar si es grande o pequeño. Lo mismo ocurre con los sueños: yo puedo atrapar ya sea su sueño completo o nada, sin importar si su sueño es largo o corto. Por eso, en la atemporalidad flota también aquella parte de su sueño, su continuación que jamás llegará a soñar, pero que ya está ahí de la misma manera en que en un pájaro están, digamos, sus patas o la cola. O le doy otro ejemplo: al igual que el cabello y las uñas crecen aún después de la muerte, los sueños continúan póstumamente aunque no se hubiesen terminado de soñar durante la vida.

—¿Hubo algún aviso en el sueño de Distelli de cómo iba a morir? En otras palabras, ¿yo podría ver el resto del sueño que Distelli no terminó de soñar, el cual usted había atrapado para él, pero no se lo vendió porque él había muerto antes de que el sueño terminara?

—Eso no se puede realizar. Primero, porque él recibió todo el sueño y terminó de soñarlo. Incluso, la parte póstuma. Además, las condiciones de compra para él fueron completamente diferentes. Lo que sí puedo decirle es que el sueño de usted que he logrado atrapar es cien años más joven que el sueño de su difunto amante, el señor Distelli. El de él data de principios del siglo XIX, y el de usted ocurre a principios del siglo XX.

—¿Qué significa esto?

—Eso tiene que preguntárselo a algún alumno de Freud, no a mí. No soy un médico para curar, tampoco un mago; no vaticino el futuro. No soy político para prometerle una mejor vida, ni representante del ciber-capital para proteger el porvenir de los grandes del porvenir de los pequeños, soy un comerciante y le vendo su futuro tal y como será...

5. ADDICT DIOR + DOLCE & GABBANA + POISON

Madame Lempitska está sentada en el «templo» llamado Symptom House, escucha lo que le está contando el «vendedor de futuro» sobre los sueños de Distelli y sus propios sueños y, pensativa, dice:

—Significa que usted distingue los sueños de sus clientes como aquellas mujeres que distinguen la picadura de una pulga de la picadura de un mosquito...

—Si se refiere a que los sueños pueden picar, es correcto.

—Pero, regresemos a nuestro trato sobre la compra de futuro en el más allá. ¿Bajo qué términos podría comprar otros setenta y un segundos del futuro que nunca voy a vivir? ¿Cuánto cuesta su cucharadita de futuro? Usted dice que las condiciones son más difíciles. ¿Acaso esos sueños del más allá pican?

—Más que eso.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta *madame Lempitska*. Como siempre que espera una respuesta importante, su lengua transparente se asoma entre los labios. Está callada y con los ojos cerrados.

—Tendrá que matar a alguien.

Lempitska abre los ojos y dice:

—¿Ésa es la condición?

—Sí. Pero dado que no va a vivir hasta los 37 años, eso no resulta especialmente preocupante para usted. Porque, téngalo presente, yo no sé cuándo usted va a morir, pero sé que será antes del año mencionado.

—Es decir, podría ocurrir incluso antes... ¿Cuánto antes?

—No sé decírselo. No pude calcularlo.

—Usted es un amable y muy educado pedazo de mierda.

—No se enoje, *madame* Lempitska, primero piénselo bien. No se apresure en su decisión. Si tiene alguna duda, pese a la buena experiencia comercial que hemos tenido hasta ahora, reflexione sobre lo que se le ofrece esta vez. Si obtiene el más mínimo fragmento del futuro en el que ya no va a estar, una cucharadita del futuro posterior a su muerte, una pequeña parte después de que termine su vida, se trata del verdadero premio mayor. ¿Acaso no vale la pena intentar y sacrificar algo por una pieza única de esa índole?

—¿Y a quién tendría que... en caso de que me decida...?

—Escójalo usted misma. Pero, querida señora Lempitska, no es difícil adivinar a quién quisiera uno eliminar antes de morir, ya que uno debe morir. ¿Existe alguien a quien odia, alguien de quien, por ejemplo, siente celos?

—No lo sé. No conozco a tal persona. Sólo intuyo que existe.

—Pues verifíquelo y si se cerciora de ello, hágalo. Además, debe tener presente que es necesario que asegure mi presencia en el acto. Yo debo corroborar que usted ha asesinado a esa persona. Es parte del trato.

Mientras está escuchando eso, Lempitska piensa totalmente en otra cosa. Ella susurra en sus adentros: «¡Odio mi coño!». Desde que regresaron de Egipto, Lempitska ha hablado dos veces con Erlangen, pero después no ha logrado comunicarse con él ni en el celular ni en el banco. Siempre está «entregando un informe» o «en la sesión de la Junta Directiva». En la casa apaga el celular.

«¿Tendrá su propia almohada siquiera? ¿En cuántas almohadas se acuesta este tipo?», piensa acerca de Erlangen mientras abandona el templo donde venden el futuro y se va furiosa al banco Plusquam city.

—El señor Erlangen está fuera del edificio y después tiene una sesión de la Junta Directiva.

Lempitska comprende que otro intento de que la secretaria del señor Erlangen la comunique con él sería vano y pide que le abran su caja de seguridad.

Lempitska y la empleada, una mulata arreglada, se sientan en el salón con poltronas de piel color rosa y escuchan a Bela Bartok. La ira en Lempitska va subiendo con cada toque de esa música insoportable. En cuanto la redonda puerta de plata le abre paso a los objetos de valor, ella saca el Magnum de su caja de seguridad y lo mete en su mochila dejando dentro sólo el pañuelo. Lempitska sale del banco casi corriendo. De paso habla por teléfono a su «vendedor de futuro» y lo invita a entrar juntos a la villa con jardín y lago donde vive Erlangen.

Lempitska y Klozevits se detienen en la entrada. Es otoño. Hoja por hoja, todo un bosque cae al agua del lago. Está cerrado con llave. Lempitska no tiene la llave de la villa y Klozevits fuerza la entrada cautelosamente con su tarjeta de acero. En un primer instante, parece que no hay nadie, pero pronto desde el primer piso llega una voz femenina. La desconocida piensa que el anfitrión ha regresado a casa y desde el dormitorio grita:

—*Darling, here I am!*

Luego sale a la escalera semidesnuda, en botas que le llegan hasta el coño.

Aleksa Klozevits apenas llega a entender que sus expectativas se han cumplido, apenas llega a reconocer el perfume *Poison* y a la presidenta de la Junta Directiva del banco Plusquam city, Livia Heht, arriba en la escalera, cuando Lempitska la mata con tres disparos del Magnum. Mientras dispara, en sus ojos asoman tres lágrimas cristalinas de celos e ira.

En ese instante, Aleksa Klozevits percibe que el perfume *Dolce & Gabbana* invade la casa, se esconde rápidamente detrás de una cortina cerca de la entrada, y Erlangen irrumpe en el vestíbulo. Regresando del trabajo escuchó los disparos, vio la entrada forzada y sacó su Magnum.

Grita:

—¡Lempitska, suelta el arma!

Pero Lempitska apunta con furia su Magnum hacia él y en ese momento los dos disparan. *Madame* Marquesina Andrósovich Lempitska cae muerta allí mismo, pero a Erlangen

no le falta ni un pelito: el revólver de Lempitska estaba vacío; no tenía la séptima bala.

Aleksa Klozevits ahora tiene que resolver cómo salir inadvertido de la casa, aunque está a sólo dos pasos de Erlangen. Éste toma con calma su celular Sony Ericsson y llama a la policía. En ese momento, Klozevits nota que el «barniz inteligente» en las uñas azules de *madame* Lempitska va adquiriendo color de albaricoque, luego amarillo, verde y rojo, y las lágrimas de celos y de ira en sus mejillas se convierten en cristales rotos. Se pregunta cuál es el color de la muerte, sale de su refugio y se aproxima a Erlangen por detrás diciendo:

—Por Dios santo, ¿qué está pasando aquí?

—¿Quién diablos es usted? —le pregunta el anfitrión.

—Un transeúnte. Oí los disparos, noté la puerta abierta y entré a ver si necesita ayuda. Y ahora soy su testigo y su coartada. Testificaré que usted disparó en defensa propia. Pero ahora debo irme. Le daré mi número de teléfono. Llámeme con toda libertad. Soy Erwin.

Y Klozevits dicta el número 0389-430-23066 al celular del señor Erlangen y se va deprisa mientras a lo lejos se escuchan las sirenas de los coches de policía.

El abogado de la familia Lempitska, el señor de la familia Marquésina Andreievich Lempitska, el abogado de su hermano Anja Andreievich y el representante del difunto con apellido de perra, Mathieu Distelli, presentaban esta acusación contra Aleksandra Klozevits y su empresa comercial Synanon. Pero por la gran cantidad de dinero que se le había pagado en el momento de su muerte con Distelli y Lempitska.

El tribunal pronunció las fallas en dos promesas por parte de la familia Lempitska y por parte de la familia Marquésina. Mauricio Erlangen fue trasladado a prisión por haber sobrepasado el límite de la detención.

CUARTO CAPÍTULO

LOS VEREDICTOS

En el caso de los otros sucesos, el tribunal estableció la culpabilidad, porque el acusado, la difunta señora Lempitska, no realizó la denuncia oportuna al haber cometido con todas las obligaciones de un ciudadano. El fallo se basó en la confesión del mismo acusado, Aleksandra Klozevits, que reza:

«Yo sé que la señora Marquésina Lempitska había cometido un delito y que su empresa Synanon había cometido un delito, pero la señora me lo ocultó y no pude ser entregado por adelantado, porque yo quería ser escuchado antes de que la entrega llegara a su fin. Yo fui entregado a Mauricio Erlangen por los herederos de la señora por los abogados Marquésina, que me guardó por un tiempo en un lugar seguro por mi culpa, puesto que se les propuso una solución.

«Yo sé que en ese momento, el tribunal me declaró que había cometido un delito y que yo debía ser entregado por adelantado. Yo fui entregado a Mauricio Erlangen por los herederos de la señora por los abogados Marquésina y Lempitska.

Durante el juicio a Maurice Erlangen por el asesinato de la señora Marquesina Andrósovich Lempitska, el abogado de su hermana Sofia Andrósovich y el representante del difunto cantante de ópera, Matheus Distelli, presentaron otra acusación. Contra Aleksandar Klozevits y su empresa comercial Symptom House por la ganancia indebidamente adquirida en el comercio de sueños con Distelli y Lempitska.

El tribunal pronunció los fallos en dos procesos por separado.

• Maurice Erlangen fue condenado a prisión por haber sobrepasado el límite de la defensa propia necesaria en el asesinato de Lempitska.

• En el caso de las operaciones comerciales de A. Klozevits, el tribunal estableció la ganancia indebida, porque el cliente, la difunta señora Lempitska, no recibió la mercancía a pesar de haber cumplido con todas las obligaciones hacia el vendedor. El fallo se basa en la confesión del mismo acusado, Aleksandar Klozevits, que reza:

Pese a que la señora Marquesina Lempitska había cumplido con sus obligaciones hacia Symptom House oportunamente, la parte póstuma de su sueño no pudo ser entregada por adelantado, porque Marquesina fue asesinada antes de que la entrega llegara a su poder. Estoy dispuesto a rembolsar la ganancia a los herederos si se determina que fue adquirida ilícitamente, aunque yo no veo que ese hecho hubiese ocurrido por mi culpa, puesto que se ha presentado «vis major».

Con base en esta confesión, el tribunal determinó que Aleksandar Klozevits indemnizara a Sofia Andrósovich, la heredera de la difunta Marquesina Andrósovich Lempitska,

por el daño que Klozevits ocasionó al no haber entregado la mercancía pagada, y por ende, obtuvo la ganancia de manera indebida.

• Aleksandar Klozevits es declarado no culpable por no haber entregado la mercancía acordada (71 segundos del futuro póstumo del señor Distelli), porque la mercancía fue entregada en su totalidad, lo cual se concluye con base en dos hechos:

A. El asunto es confirmado por las declaraciones de médicos, quienes escucharon (como lo escuchó también la señora Lempitska que estuvo presente) que Distelli agonizando dijo que había estado en el futuro y agregó: «Al final de la soledad empieza la muerte». Esto es, según se puede ver del informe de sueños que Klozevits presentó ante el tribunal, lo último que se oye en el sueño de Distelli.

B. Gracias al hecho mencionado en el punto A., Lempitska posteriormente estableció su propio trato con Klozevits, ya que había comprobado que Distelli, su amante, no fue engañado en dicha transacción comercial.

En suma, Klozevits entregó a Distelli el sueño en su totalidad, es decir, Distelli soñó el sueño completo sobre Pushkin, por lo que a ese respecto el vendedor no puede ser acusado por concepto de la ganancia indebidamente adquirida, ya que había entregado al cliente los «bienes muebles», como él los denomina, en su totalidad.

• El caso del asesinato del director de la casa de apuestas en el hipódromo, Isaías Cruz, queda sin resolver a la fecha.

NOTA

Durante el proceso en el caso Distelli-Lempitska, se ordenó a la empresa Symptom House que aportara ciertos datos al tribunal. Se trata de los informes sobre los sueños de Distelli y de Lempitska que Symptom House había vendido. Los informes fueron redactados y firmados por Aleksandar Klozevits y están registrados por separado entre la documentación procesal del caso Distelli-Lempitska. Durante la investigación, el ins-

pector superior Stross descubrió que Symptom House además tenía en su poder dos grabaciones con las descripciones de los sueños vendidos a Distelli y Lempitska. Los dos sueños en las grabaciones están contados por la voz de Klozevits.

El informe de Klozevits para el tribunal y el texto de las grabaciones se adjuntan en el Anexo.

El informe de sueños que vendió

El sueño sobre la muerte de Pushkin que fue vendido del momento de compra entre el señor Mihailov Distelli, residente de Opatov, como comprador y la empresa Symptom House como vendedor.

El sueño sobre los peces que fue vendido del momento de compra entre la señora Marquiesha Androsavich Lempitska como comprador y la empresa Symptom House como vendedor.

ANEXO
EXAMEN Y LETE DEL INFORME PRESENTADO
AL TRIBUNAL
POR LA SRA. MARQUESA ANDRÓSOVICH (C/TA D)

El informe de sueños que contiene:

1. El Sueño sobre la muerte de Pushkin que fue materia del convenio de compraventa entre el señor Matheus Distelli, cantante de ópera, como comprador y la empresa Symptom House como vendedor.
2. El Sueño sobre los pasos que fue materia del convenio de compraventa entre la señora Marquesina Andrósovich Lempitska como comprador y la empresa Symptom House como vendedor.

En la psicología profunda establecer el contenido de un sueño es una tarea sencilla, pero modesta, que sólo tiene un significado preparatorio. La poderosa determinación de un sueño requiere, además, la interpretación real del sueño, por regla general, una tarea compleja. Después de haber examinado el mundo y sus causas, y haber visto, como siempre en psicología, desde el punto de partida, la interpretación del contenido de los sueños y el mundo "inteligencia del contenido" (Meyer, 1911; Lullien, 1912; Jung, 1913).

En el presente, me resulta difícil exponer que es posible encontrar una relación de que en los sueños un objeto de deseo, un ideal o un plan de trabajo, que en el mundo real no se puede realizar, se manifiesta en el mundo de los sueños. Pero cuando se trata de un sueño que se manifiesta en el mundo de los sueños, por lo tanto, de esa manera, los sueños se manifiestan en el mundo de los sueños.

LA PRIMERA PARTE DEL INFORME PRESENTADO
A PETICIÓN DEL TRIBUNAL
POR ALEKSANDAR KLOZEVITS (CINTA I)

«Para las necesidades de los investigadores judiciales y del señor inspector superior Eugen Stross, yo, Aleksandar Klozevits, comerciante-astrólogo, como propietario de la empresa Symptom House, A. & S.K.-Venta de bienes muebles, presento la siguiente declaración bajo plena responsabilidad moral, profesional y material.

» Para los fines de la investigación se me pidió que reconstruyera, relatara y analizara dos sueños que soñaron el difunto señor Distelli, cantante de ópera, y la difunta señora Marquesina Andrósovich Lempitska, el año en que fueron asesinados y un poco antes y después de eso. Someto aquí ese informe de sueños a la inspección de las autoridades investigadoras en dos cintas con la siguiente advertencia:

» En la psicología profunda, establecer el contexto de un sueño es una tarea sencilla, casi mecánica, que sólo tiene un significado preparatorio. La posterior determinación de un texto legible, es decir, la interpretación real del sueño es, por regla general, una tarea complicada. Supone compenetración psicológica, habilidad combinatoria, intuición, conocimientos del mundo y de la gente, y sobre todo, conocimientos específicos, donde es de particular importancia un entendimiento más amplio de las cosas y cierta "inteligencia del corazón" (Helmut Hark, *Lexikon Jüngscher Grundbegriffe*).

» Además, me resulta difícil suponer que es posible evocar con palabras lo que en los sueños no ocurre de manera lineal o en el plano lingüístico, sino que (al igual que en los pensamientos humanos) se ramifica en todas las direcciones y se difunde en el plano sensual y en la escritura pictográfica, por llamarlos de esa manera. Los sueños no habitan una solu-

ción lingüística, sino que flotan en un espacio libre, atemporal, y tan pronto se transforman en lengua o escritura, pierden su carácter voluminoso y se estiran en longitud. De ese modo parece que duraron mucho más de lo que es realmente el caso. Páginas enteras de esos dos sueños anotados en mi informe fueron soñadas durante unos cuantos miles de segundos cada uno. El sueño, como el miedo, se desplaza en profundidad y vastedad, no en longitud.

»No obstante, someto a la inspección del señor inspector superior Stross y a los investigadores judiciales, este intento de relatar y esclarecer los dos sueños con la esperanza de que eso sirva a la judicatura y a la justicia. Dar más que eso está fuera de mis posibilidades.

»Finalmente, quiero comentar que el sueño de Distelli me dio la impresión de que el soñador realmente habitaba el mundo de principios del siglo XIX y experimentaba todo a su alrededor como una realidad, como si observara ese mundo con los ojos de Pushkin y no con sus propios ojos. Además, en ese sueño Distelli experimentó al menos cinco tipos de miedos diferentes, por lo que dividí su sueño en "miedos"».

Aleksandar Klozevits

EL SUEÑO DEL DIFUNTO SEÑOR MATHEUS DISTELLI, CANTANTE DE ÓPERA, SOBRE LA MUERTE DE PUSHKIN

(EN EL MODO Y EN LA MEDIDA EN QUE LO PUDO ESTABLECER Y DESCRIBIR A. S. KLOZEVITS)

EL PRIMER MIEDO

En el sueño del señor Matheus Distelli, cantante de ópera, Alexander Serguéievich Pushkin apareció como una persona de estatura baja, muy peluda y delgada. Distelli no lo reconoció, pero de algún modo comprendió que se trataba de Pushkin cuando éste se acercó a una ventana y en un acto mágico pretérito en el signo de Venus, besó varias veces la uña de su pulgar en el que llevaba un anillo grande de sello. Afuera era una noche de tormenta y ante la escena de la nevaca, en los adentros del poeta se arremolinaron los siguientes versos:

Enjambres de demonios pululan

Por el alto firmamento

Con terribles ululatos

Desgarran mi corazón...

Dentro de la ventana había otra ventana más pequeña, llamada «fortochka», y Pushkin la abrió. La nieve irrumpió en el cuarto.

Entonces, Alexander Serguéievich se arrellanó en la poltrona. Junto a él, en el diván, dormía un enorme galgo, una belleza blanca de cabeza dorada, y en la pared frente a él, colgaba el retrato del bisabuelo de Pushkin en el uniforme de oficial de la época de Pedro el Grande. El bisabuelo era de tez

morena y rostro casi negro, llevaba una peluca plateada y un sable bajo la axila. Pushkin le hizo la pregunta:

—¿Cómo puedes hacer que un demonio entre en el cuarto? ¿Cómo puedes obligarlo a que conteste tus preguntas? ¿Con qué magia lo puedes forzar a que te revele el futuro?

En el cuadro, junto a la mano izquierda del bisabuelo yacía un pequeño montón de libros y debajo de éste, algo que casi se había borrado del cuadro y apenas se distinguía como un objeto oscuro. El bisabuelo apoyaba los dedos sobre los libros y sobre ese objeto poco claro como si apuntara hacia ellos. Eso parecía ser una especie de respuesta a la pregunta de Pushkin. «depositada» hacía mucho tiempo.

No obstante, Alexander Serguéievich sabía muy bien lo que era ese objeto, porque éste existía aún en la casa de sus padres y se encontraba en la misma mesa en la que lo pintaron hacía un centenar de años. Era el pequeño cofre del bisabuelo de Pushkin, hecho de cuero con refuerzos metálicos. Alexander Serguéievich alcanzó el cofre y lo abrió. En él yacían tres agujas vudú para vaticinar y una bolsa de monedas antiguas provenientes de distintos imperios, hacía tiempo discontinuadas. Las monedas servían para los mismos propósitos mágicos.

Al abrir el pequeño cofre, Alexander Serguéievich se acordó de las leyendas sobre su bisabuelo y su origen africano que se transmitían en la familia Pushkin de generación en generación. También recordó la historia de que su bisabuelo había traído las agujas mágicas de África a Rusia, escondidas en su cabello, después de que unos tratantes de esclavos lo habían agarrado de niño en África y vendido en Constantinopla a un conde, Sava Vladisavić Raguzinski. El conde mismo era versado en magia, sobre todo en vaticinios con monedas antiguas. Desde luego que había decidido comprar al niño por haber reconocido las agujas en su cabello. Él llevó al pequeño esclavo negro a Rusia y lo regaló a Pedro el Grande, quien le dio el nombre de Abraham Petróvich Hanibal, lo educó en academias militares y lo casó con una noble rusa...

«Cuando quieres conocer la verdad sobre ti mismo» —solía decir Hanibal y eso se recordaba en la familia Pushkin— «sólo te la puede revelar un enemigo. Si lo obligas a ello. Y las agujas sirven justamente para eso...».

—¿Quién es el mayor enemigo del hombre? —seguía Pushkin con las preguntas y él solo encontraba las respuestas—. Indudablemente, el Diablo. Luego entonces, hay que invocarlo con las agujas y forzarlo a que te revele tu destino. Pero, ¿cómo reconocer al Diablo? ¿Cómo saber que no invoqué a alguien que ni siquiera ha visto al Diablo? Luego entonces, primero hay que verificarlo y después, hacerle la pregunta que te interesa... Es decir, debo saber qué es, en realidad, el Diablo y cómo reconocerlo. La gente dice que los hombres ven al Diablo, y el Diablo ve a Dios. También se cree que las lágrimas del maligno no son saladas. Siempre agrega la sal antes de comer. Tiene excelente olfato y puede oler a su víctima a kilómetros de distancia. Además, y quizá lo más importante, el Diablo come como la gente, pero no puede digerir nada. Si bebe un vaso del vino tinto Tokay, desalojará en vez de la orina, otra vez el tinto Tokay. Si come pescado, lo devorará entero y lo expulsará completo y sin digerir, de modo que se puede servir en la mesa de nuevo. Es porque sólo el Diablo no participa en el intercambio global de la materia en el mundo...

Esa clase de imágenes y recuerdos rondaba por la cabeza de Alexander Serguéievich, que sabía muy bien que las monedas en la bolsa del conde Raguzinski y las agujas del bisabuelo no yacían por casualidad dentro del mismo cofre.

—Vayamos al grano. Espero que las agujas de mi bisabuelo Hanibal sigan teniendo efecto si se unen a las antiguas monedas del conde Raguzinski. Un poco de magia africana de Abraham Petróvich Hanibal y otro poco de la magia balcánica del conde Sava Raguzinski no estarían de más... Pero no debo olvidar una cosa. Yo tengo el cabello de mi abuelo. El verdadero cabello africano. Aquí va la contraseña para que sus agujas me reconozcan...

Y Alexander Serguéievich cortó uno de sus rizos y lo tiró al cofre. Después llamó a una tal Arina Radiónovna y le ordenó

que trajera de la cocina tres muñecas de trapo de faldas anchas que se usan en la mesa como cubiertas para la tetera, un plato de galletas o una cesta de huevos cocidos a fin de preservar el calor de los alimentos.

Cuando se las trajeron, una resultó ser un monje de barba canosa en una sotana ceñida con cordones negros, otra, una señorita en una falda roja con miriñaque y cabello de liber, y la tercera, un hombre lozano en capote con orillas doradas y charreteras de general, con un sable ceñido.

—Aquí están, entonces —murmuró Alexander Serguéievich y se dio la vuelta hacia la repisa con libros—. Ahora veamos lo que les depara el destino. Necesitamos un acontecimiento histórico donde colocarlos.

Sacó *La historia del Estado ruso* de Karamzín y el primer libro de la historia veneciana de Rusia y de Pedro I del año 1772. Los puso sobre la mesa y con una uña abrió primero al azar el libro de Venecia. Se abrió en el año 1599. El reinado del zar Boris Godunov.

—Veamos lo que dice aquí —dijo y empezó a leer:

«Boris Godunov asesinó al príncipe Dimitri y se hizo zar, pero fue depuesto por un falso Dimitri, el impostor Grishka Otrepiev. Asustado por los éxitos militares del falso Dimitri, el zar cayó en tal desesperación que acabó envenenándose, y el impostor fue declarado zar en Moscú y casado con la duquesa polaca Marina Mniszek Sendomirska...».

En ese lugar, Pushkin cerró el libro y dirigiéndose a los muñecos concluyó:

—Les he leído suficiente historia. Algunas cosas sobre ustedes mismos tendrán que aprenderlas por sí solos. Ocupémosnos un poco de la vida. De su vida. El historiador veneciano dice que la historia de Godunov es tanto una comedia como una tragedia. ¿Por qué no? Tiene ambos, la cara y el forro, como ustedes, los muñecos. Así pasa también en la vida. Una misma cosa ocurre en la calle como comedia, en un libro como tragedia... Intentémoslo. Antes que nada, debo equiparlos a los tres de modo que ya no puedan escapárseme —les dijo a los muñecos.

Y Alexander Serguéievich se puso a trabajar escribiendo series de números y encendiendo una vela nueva con la anterior hasta el amanecer. Estaba amaneciendo cuando del pequeño cofre vertió las antiguas monedas de Raguzinski y empezó a examinarlas y a separar algunas piezas, haciendo cuentas de si lo separado coincidía con la cuenta que había hecho durante la noche. Luego agarró bruscamente las muñecas y dijo:

—¡Ahora les voy a revelar quiénes son en realidad y cómo se llaman!

Primero puso enfrente al joven de trapo con el sable.

—Veamos —se dirigió a éste— ¿quién podrías ser? ¿Grishka? El nombre te queda muy bien. O sea, impostor. El Dimitri falso. ¿Tienes miedo? Por supuesto que lo tienes. Bien, contigo van tres moneditas. Así dice el cálculo y nada de enojos. ¿Cuáles tres monedas? También calculé eso. Un grosso veneciano, una moneda de plata bizantina y medio dinar de Dubrovnik. No eres caro. Veamos... Ahora, hermano, tendrás que desabotonarte un poco... Serás el falso zar, el impostor. La historia veneciana de Rusia dice que colgaste el hábito, es decir, que abandonaste la orden monástica. Dice que aprenderás el latín y escribirás cartas al Papa en Roma. Dice que cuando por primera vez pongas tu pie en el Kremlin se levantará un tremendo viento. Irás a la guerra y en eso tendrás el apoyo de un ancestro mío, uno de los Pushkin. Así que somos viejos conocidos. Desde hace dos siglos. La historia veneciana dice, además, que gobernarás Rusia como el príncipe Dimitri falso hasta que la multitud te saque del palacio imperial y te mate en la plaza. Y entonces se levantará de nuevo un vendaval...

Y Alexander Serguéievich abrió el capote del muñeco con una pequeña navaja y cosió en su pecho tres monedas. Mientras las cosía canturreaba:

*Los campesinos son muy ricos aquí
Recogen la plata a paladas
Pero quien tiene canto, tiene potosí...*

—Contigo, Grishka, no hubo problemas —agregó Alexander Serguéievich, después de lo cual agarró el muñeco de barbas canosas en sotana de monje.

—Tú eres el monje entonces. Hubo montones de ustedes alrededor de los zares y los palacios en los tiempos de Boris Godunov y Grishka, el impostor. Algunos estuvieron en el monasterio de Chudov, en el que Grishka Otrepiev era monje antes de huir con los polacos en su marcha hacia Moscú... Algunos presenciaron el asesinato del príncipe Dimitri en Uglich, ordenado por Godunov. Tú serás uno de esos monjes. También te daré un nombre. Te llamarás Pimen. Arreglado eso, siéntate, entonces, hermano, y escribe lo que te voy diciendo:

Sólo falta esta última relación

Y mis anales llegarán a su fin...

—Está bien. Descansa un poco. Veamos ahora tu cálculo. No logro entenderlo. Por donde lo vea, a ti te salen sólo dos monedas. ¿Habrás escondido alguna? He aquí, la cuenta da un aspro turco y un tálero de plata alemán. Pues bien, no hay de otra.

Y por debajo de la sotana monacal del asceta de trapo Pimen, Alexander Serguéievich cosió el aspro y el tálero de la bolsa del conde Raguzinski.

—Ahora te toca a ti, bella. De ti sé que tienes un número femenino, el cual es siempre par, de modo que tu cálculo incluye cuatro monedas: un tálero semiplateado, un grosso de oro, un dinar de Dubrovnik y un aspro.

Cogió la muñeca en falda roja con miriñaque, la besó y la desabrochó. Después le cosió las cuatro monedas en el forro.

—Te llamarás Marina Mniszek Sendomirska. Eres una niña bonita. Pero también costosa —añadió—. Serás la duquesa de Polonia y la falsa zarina de Rusia, esposa del impostor Grishka. Justo en la entrada a Moscú, el día de tu boda, se levantará un fuerte vendaval. Cuando la turba mate a tu esposo impostor, te meterás bajo la falda de una nana, igual a la

tuya, y ahí te esconderás. Es lo que dice el libro veneciano sobre ti...

Después de eso, Alexander Serguéievich se dirigió a los tres muñecos juntos:

—Para poder invocarlos cuando los necesite, primero tengo que imaginar cómo eran en sus vidas reales, qué hacían y qué decían. Y la mejor manera de lograrlo es escribiendo una obra de teatro en la que todos ustedes tendrán voz y se encontrarán de nuevo en su vida de antaño. De modo que, si construyo un drama sobre Boris Godunov, el zar falso Grishka Otrepiev y su esposa Marina Sendomirska, y agrego algo sobre el padre Pimen, todos ustedes volverán a vivir. Así podrán acudir a mi llamado y contestarme la pregunta que me atormenta y que quiero hacerles... ¡Es todo por esta noche!

En la pared colgaba un espejo dorado de Florencia tallado en madera, de la que quedaba sólo la chapa de oro, porque los gusanos se habían comido la madera. El galgo dormía en el diván, y en el cuarto ardía una vela que se reflejaba en el espejo. Alexander Serguéievich sopló al espejo y la vela se apagó.

Mientras yacía en la cama antes de dormirse, le vino a la mente:

—El cuerpo aprende y comprende más rápidamente que el alma, porque el alma tiene tiempo y el cuerpo no.

EL SEGUNDO MIEDO

El cantante de ópera Distelli soñó la continuación de su sueño sobre Pushkin, en la cual, tan pronto se durmió, vio a Pushkin sentado escribiendo algo, y luego escuchó lo que el ruso estaba escribiendo:

«No he leído a Calderón ni a Vega, ¡pero qué magnífico es Shakespeare!» —escribía Alexander Serguéievich a su amigo Nikolai Rayevski en el momento en que cumplía 25 años. Pero al lado del drama *Boris Godunov* apenas terminado, ante Pushkin no había un Shakespeare. En la mesa, delante de él, esta-

ban los tres muñecos de cocina, que en el drama encarnaban al impostor Grishka Otrepiev, a la bella Marina y al monje Pimen.

Guardando el manuscrito apenas terminado de *Boris Godunov*, Alexander Serguéievich se dirigió a los muñecos con una sonrisa:

—Están ahí dentro, queridos míos, y ahí están en medio de la tragedia. Porque en el libro ocurre la tragedia. Pero afuera, en la vida, difícilmente se daría eso. Allá reina la comedia...

»Y la comedia duele. Y duele bastante. Ustedes tendrán que tomar un camino y lanzarse a la vida. Y ésta, queridos, también duele. La vida apesta y duele. Lo sentirán en su propia piel enseguida. Pero deben saber cómo los invocaré cuando los necesite. ¡Con agujas!

Y Alexander Serguéievich cogió la muñeca Marina de falda roja con miriñaque y le clavó en el pecho una de las agujas africanas con mango de hueso de camello. Se escuchó cómo debajo de la punta de la aguja resonaban las monedas cosidas de Bizancio y de Venecia. Luego hizo lo mismo con el muñeco del monje Pimen y, finalmente, con el muñeco que llevaba el sable ceñido, de nombre Grishka.

—¿Duele? Por supuesto que duele. Pero así es. Es la vida. Sin embargo, no tengan miedo. Acaban de aprender a caminar. Ya no me necesitarán, excepto cuando los busque. Tampoco necesitaremos más libro. Porque ya no los necesito en el libro, sino en la realidad. Cuando los necesite, nos encontraremos en San Petersburgo. Los llamaré desde sus vidas del siglo XVI y XVII al mío, el XIX, con un simple pinchazo de aguja al muñeco. Y entonces, cuando los invoque, ya no serán muñecos, sino seres vivos que tomaré prestados de sus siglos al mío. No traten de huir, porque los muñecos se quedan conmigo junto con las agujas. Ante cualquier desobediencia o descuido de su parte, clavaré la aguja en el cuerpo de su muñeco un poco más. Y ustedes ya lo sintieron y saben cuánto duele. Es todo de mi parte, y ahora ¡váyanse, criaturas del hado!

EL TERCER MIEDO

El sueño de Distelli continúa un día de invierno, cuando el silencio se hace más profundo que la palabra, y ocurre en San Petersburgo. Distelli nunca había estado en esa ciudad, pero de algún modo sabía en el sueño que ésa era la capital rusa del norte y que en ese sueño Pushkin se sentó en un trineo llevando consigo el muñeco de trapo en sotana de monje, en cuyo pecho estaba clavada la aguja africana con el mango de hueso de camello. El trineo se detuvo ante el monasterio de Petropavlovsk.

Como lo esperaba, en la iglesia Pushkin vio a un anciano de barba canosa en hábito de monje. Lo sorprendieron su enorme estatura y delgadez. Apenas reconoció a Pimen, quien al ver al visitante gritó:

—¡*Batiushka* Alexander Serguéievich, al fin! Por Dios santo, ¿qué es lo que está haciendo conmigo?

—Padre Pimen, bendíceme y perdóname, si hay perdón para esto —contestó Alexander Serguéievich, y llevó al monje a una posada cercana. Al llegar, encargó al cochero que lo esperara a un lado, pero sin apagar los faroles del trineo, entró con su invitado y ordenó un banquete: *shchi*, pato asado, setas, *pirog* de Estrasburgo y dos botellas de tinto Tokay. Mientras comían, el monje no dejaba de reclamar.

—Usted, *batiushka*, me dejó entre aquí y allá y se olvidó de mí. Nos enteramos, su merced, de que usted es un poeta, dicen que usted sueña en versos, pero permítame preguntarle, ¿hasta cuándo se supone que debo languidecer así esperando un desenlace?

—Tú no eres tan ingenuo como te haces. Estuviste guerreando, hermano, de seguro al pie de las torres de Kazan y en Lituania, probablemente viste el lujo en el palacio imperial...

—Sí. Incluso conocí a los Pushkin, sus ancestros, y nos entendíamos muy bien, pero a usted, *batiushka*, apenas lo puedo comprender... Usted, su excelencia, es un hombre joven, así que permítale a un asceta y anciano que le diga: este oficio

que está ensayando en mí no es caro a Dios. No lo es. Es un pecado. ¿Qué es lo que hace conmigo, un monje juramentado a Dios? ¿No es vergonzoso? Y le preguntaré otra cosa también: por Dios santo, *batiushka*, ¿dónde estamos?

—¿Cómo que dónde estamos? En San Petersburgo.

—Jamás lo he oído. ¿Y todo esto está en Rusia? Yo no entiendo nada de lo que están hablando aquí, incluso de sus palabras, perdóneme por decirlo, capto una de cada tres como si estuviera atrapando saltamontes.

—Es porque hablas en ucraniano. Y porque vienes de los tiempos de mis tatarabuelos. Pero no es tu tarea entender nuestra época sino brindar y cenar conmigo.

Con la plática y el asado, Alexander Serguéievich convidaba a su invitado el tinto Tokay hasta que la cabeza del monje cayó en su cuchara.

Cuando ese momento por fin llegó, Alexander Serguéievich sacó al monje a la nieve hasta su trineo que se había quedado a un lado. Ahí, los dos se detuvieron bajo la luz de los faroles y Alexander Serguéievich se fijó en el padre Pimen aguardando el momento decisivo. Entonces, el monje inhaló profundamente el aire lleno de minúsculos copos de nieve, se levantó la sotana y sacó un enorme miembro. Orinó de tal modo que los caballos lo sintieron y empezaron a regar la nieve debajo de ellos.

Pero, el padre Pimen no desalojaba el tinto Tokay que bebieron esa noche, sino lo mismo que los caballos que estaban a su lado. Se veía claramente bajo la luz de los faroles.

—¿*Batiushka*, quién eres en realidad? —preguntó el monje bajándose la sotana—. Es un pecado tomar prestada a la gente de Dios de esta manera, como lo hiciste conmigo. ¿Eres el Diablo?

—No lo soy, padre Pimen, no lo soy, pero soy el que busca al Diablo para preguntarle algo. Pero veo que tú tampoco eres el Diablo, porque si lo fueras, orinarías el tinto Tokay en lugar de lo que orinaron tú y los caballos. Por eso no te preguntaré nada, porque mi pregunta es para el impío y no para

ti. Me equivoqué y perdóname por eso... Ruega a Dios por mi alma, sólo Él sabe que no hago esto por despecho, sino por necesidad.

Con esas palabras, Alexander Serguéievich entró en su carroza, dejando a Pimen en la nieve, y se arrellanó en el asiento. Mirando por la ventana al monje que se persignaba de prisa golpeándose con la mano la frente, la cintura y los hombros, para calentarse en la helada, Alexander Serguéievich sacó del bolsillo de la puerta de la carroza el muñeco de barba canosa en sotana de monje. Con cuidado palpó las dos monedas cosidas adentro y súbitamente sacó de su pecho la aguja africana de su bisabuelo Hanibal.

Pimen, quien hasta entonces estaba junto a la carroza, desapareció al instante.

—Luego entonces, Pimen no es el Diablo. Quedan dos más por verificar. Grishka y Marina. Quizás alguno de ellos sea el demonio. Una tarea difícil —concluyó Alexander Serguéievich, y ordenó al cochero que partiera. Tenía tanta prisa y maldecía al criado obligándolo a conducir lo más raudo que pudiera, que faltó poco para que se rompieran el cuello de regreso a casa.

EL CUARTO MIEDO

En la continuación del sueño del señor Distelli, el clima se puso aún más frío y su sueño quedó cubierto de nieve. En ese sueño, en medio de San Petersburgo nevado, Alexander Serguéievich Pushkin envió violetas azucaradas a la duquesa Marina Sendomirska con una invitación a cenar en una posada cercana. Para esa noche, él había reservado todo el primer piso de la posada con dos bonitos cuartos y dos dormitorios y estaba esperando a su invitada. Ordenó una cena copiosa, pero pospuso la selección del vino para que Marina pudiera expresar su deseo.

Pero la invitada no llegaba. Los mozos trajeron una mesa puesta y los platos con comida —queso de Limburgo, *pirog*, pes-

cado y piña—, pero Marina Mniszek Sandomirska no aparecía por ningún lado. Aprovechando la oportunidad, Alexander Serguéievich se quitó su anillo de sello del pulgar y lo metió en el más chico de los dos pescados que había en una fuente. Se sirvió el pescado más grande, y el más pequeño, con el anillo escondido, lo sirvió en el plato de su invitada. Dado que ella seguía sin aparecer, Alexander Serguéievich tomó la muñeca de falda roja con miriñaque, cuyo forro fue reforzado con las monedas forjadas de Venecia a Constantinopla, y clavó la aguja africana un poco más en su pecho. Unos minutos más tarde, alguien tocó a la puerta con tres toques masónicos, lo cual fue reconocido y respondido de la misma manera por Alexander Serguéievich. Éste se sorprendió cuando en el cuarto irrumpió una joven bellísima de cara encendida, con un vestido rojo y un collar de ámbar.

—¡Para ya!, ¿qué es lo que me estás haciendo? —gritó desde el umbral, y acto seguido abrió su vestido mostrando debajo del collar de ámbar una herida sin sanar.

—¡Panyi Mniszek! ¡Marina! ¡Tú hablas lituano! —exclamó Alexander Serguéievich— y lloras. Y yo me figuraba que me ibas a decir: «¡Cállate! Eres joven y tonto, ¡tú no me vas a andar cazando!». ¿Cómo puedo pedirte champaña si no me lo dices en ruso? Aunque la champaña habla todas las lenguas. Pienso que con tu vestido irían perfectamente dos botellas de Veuve Clicquot de uvas rojas. Ordené el pescado, pero como llegas tarde, ya está servido...

La invitada tomó asiento y se relajó un poco, de modo que Alexander Serguéievich por fin pudo echarle un vistazo. Llevaba el polvo blanco de Venecia que allí llaman «Morticia» y una abundante cabellera de pelo quebrado, peinado al estilo de las bellas de las pinturas de Tiziano. Con la cena, él inició la conversación:

—¿Has leído *Boris Godunov* en las revistas *El Herald* de Moscú y *Las Flores del Norte*?

—No. Lo leí de tu manuscrito. Allí dices que mis labios carecen de sonrisa. Eso no es verdad.

—¿Por qué crees que el historiador veneciano dijo que el reinado de Godunov fue a la vez una tragedia y una comedia?

—Eso se va a preguntar también el zar.

—¿Qué zar?

—¿Cómo que qué zar? El zar Nikolai I. ¿Cuál más?

—¿Cómo lo sabes?

—Es cosa mía. ¿Quieres que te lo conteste o no?

—Te escucho, hermosa. ¿Por qué el historiador veneciano llamó al reinado de Godunov una tragedia y una comedia a la vez?

—Porque en el siglo XVIII, es decir en los tiempos del historiador veneciano, existía ese género en la literatura. Se llamaba *tragicomedia*. Si no lo crees, toma a Manuil Kozachinski y léelo. Él tiene una «tragicomedia sobre el zar Uroš»... Pero yo creo que tú sabes todo eso muy bien, sólo que tienes otra opinión sobre la tragedia y la comedia.

Mientras Alexander Serguéievich se entretenía con esta conversación, la invitada, ante sus ojos, devoró aquel pescado entero con todo y su anillo dentro. Y el plato, delante de ella, quedó vacío.

—Sabes, él no era en absoluto de Venecia —ella empezó a parlotear y tendió el vaso para que le sirvieran champaña.

—¿Quién no era de Venecia?

—Pues tu historiador veneciano. Su nombre era Zacarias Orfelin.

—¿Cómo lo sabes? —dijo perplejo Alexander Serguéievich.

—Existe una copia autografiada de su libro que fue prohibido...

Pushkin se alegró. Su pesquisa avanzaba bien.

«Ese tipo de cosas las puede saber sólo alguien que tiene a los demonios de cómplices», pensó, y llenó el vaso de la duquesa con champaña.

Brindaron y después del siguiente vaso Sandomirska dijo que estaba cansada y que se retiraba a la cama, lo cual él recibió con alivio.

Por la mañana, Alexander Serguéievich despertó con la idea de haber omitido algo importante: que la duquesa llevaba puestas las botas que se usan en la cama y que él, al parecer, debió haber emprendido algo más con ella la noche anterior. Irrumpió en su cuarto, pero la invitada ya no estaba en la posada a pesar de que él había cerrado su cuarto con llave. Era obvio que Sendomirska había salido a escondidas pasando por los aposentos de él. En el cuarto de ella encontró un pequeño plato y en él, el pescado entero que la invitada había devorado en la cena de anoche y un vaso de champaña rosada Veuve Clicquot. En el mantel estaba escrito con un dedo mojado en champaña: «Un saludo de Marina Mniszek».

—Es un buen indicio —concluyó él, y sacó del pescado su anillo con un tenedor—. ¿De modo que te atrapé, hermosura! No digieres la comida, así como todo demonio es incapaz de digerirla.

Y sumió aún más su aguja africana en la muñeca de falda roja con miriñaque. El mango de hueso de camello casi tocó la tela de la muñeca.

No tuvo que esperar mucho. Tocaron a la puerta y en el cuarto irrumpió Marina.

—¿Qué más quieres de mí? Pudiste haberme preguntado por las buenas y yo te lo habría dicho. No tenías que hacer todo el rollo de la champaña y los pescados. Yo soy Alilat, mi nombre es Diablo. ¿Era eso lo que querías saber? Ahora que sabes quien soy, dime ¿qué debo hacer para que me dejes en paz?

—Quiero preguntarte algo, corazón.

—Pregunta.

Hasta cuándo seguiré errando

Traqueteado en carro o trineo

Ora en carroza ora en carreta

A veces a pie otras cabalgando

No en mi cálido hogar

Ni en el cementerio de la familia

*¿Acaso el Señor me quiere deparar
La muerte en plena travesía?*

Por los caballos coceado

O cuesta abajo descalabrado

En una zanja lodosa tirado

O desde un puente al suelo nevado

—Son tus versos. ¿Qué quieres preguntar, si son buenos o no? A decir verdad, son mediocres.

—No bromees. No te estoy preguntando eso, son los versos los que te preguntan a ti algo y tú tienes que contestármelo.

—¿Quieres saber dónde y cómo te tocará morir?

—Sí. Se está tejiendo una red a mi alrededor. Tengo que saber cómo defenderme.

—Desde que existe el mundo, a nadie se le dice lo que tú preguntas. Pero puedo hacer algo por ti en otro campo. Escúchame y no recurras enseguida a tu aguja, porque los demonios también tenemos agujas. Es decir, sé prudente y acepta lo que se te ofrece en vez de lo que no se te puede dar. Ya que tu pregunta está en verso, mi respuesta será también del dominio poético. Si estás de acuerdo con esta sugerencia, toma tu pistola y la capa y préstame tu capote de botones dorados. Me va a quedar bien. Vámonos, pues. Yo no voy a necesitar pistolas, pero tú debes cargar la tuya. Tendrás que disparar...

Mientras bajaban la escalera de la posada, Marina le explicó el propósito de la salida.

—Hace poco terminaste el sexto capítulo de la novela *Evgeni Oneguín*. Ahí se describe el duelo en el que el héroe mata a su amigo Lenski. Bellos versos, pero podrás mejorar esa escena fácilmente y este paseo podría ayudarte a hacerlo. He aquí el bosquecillo junto al río, el prado cubierto de nieve, todo igual que en tu novela cuando describes el duelo. Supongamos por el momento que yo soy Oneguín y tú Lenski. Acuéstate en la nieve e imagina que ya te di con la bala y es ahí donde se puede corregir la escena de la novela. Porque lo del libro es

sólo una tragedia, pero esto aquí, en la realidad, es una comedia y duele, como a ti te gusta decir...

Con esas palabras Marina empujó a Alexander Serguéievich y éste cayó en la nieve, a lo que los dos rieron. En eso, él notó que Marina tenía un hoyo en la lengua.

—Como ves, puedo reírme. Pero por lo que a ti concierne, supuestamente estás mortalmente herido en el estómago, pero aún tienes fuerzas para apoyarte en el codo y dispararme. Hazlo ahora. Apunta y dispara. ¡Sin misericordia! Que duela lo que debe doler. ¡Dispara!

Alexander Serguéievich, que yacía en la nieve apoyado en el codo como si de verdad estuviese herido, apuntó al pecho de Marina pensando: «*Le vin est tiré il faut le boire!* Haré que contestes mis preguntas». Apuntaba exactamente al sitio donde bajo el capote que Marina llevaba puesto, estaba la pequeña herida de aguja africana. La bala le dio a Marina, pero rebotó del botón pulido del capote y voló a un lado sin hierla.

—¡Eso es un *ricochet!* —exclamó ella—. La bala rebota de una superficie lisa y cambia la trayectoria. Y no das en el blanco... Es todo lo que una diablo puede hacer por ti cuando se trata del trabajo poético en el que tú, desde luego, eres más versado que ella. ¡Ahora dame la muñeca junto con la aguja que lleva dentro! Me la he merecido.

—¿Por qué crees que querría dártela?

—Porque recibiste a cambio todo lo que se podía recibir.

Ante esas palabras, Alexander Serguéievich le lanzó la muñeca a Marina. Ésta la atrapo al vuelo, la deshizo, le tiró de vuelta las monedas y la aguja de Hanibal a Alexander Serguéievich, y se llevó la muñeca consigo.

EL QUINTO MIEDO

En el momento en que el cantante de ópera, Matheus Distelli, se durmió en el hospital de cancerología, en su sueño comprado, llegado del futuro en el que Distelli ya no habrá de estar,

Alexander Serguéievich despertó con el pensamiento de que el cochero de la noche anterior lo había llevado a su casa demasiado rápido. Recordaba cómo le gritaba en vano: «¡Más despacio, imbécil!», y concluyó que su empresa con las muñecas se había atorado «entre el perro y el lobo».

—A pesar de que he encontrado al diablo, el cálculo no ha dado en el blanco. Marina se escurrió. De algún modo, todo acabó «entre azul y buenas noches». La duquesa no contestó la pregunta. Aún queda ese Grishka, a menos que salga con un as bajo la manga. Pero ése es peligroso. Hasta puede sacar una espada. Lo cual no sería bueno. Yo saco la aguja, él, el sable. Pero eso también tiene remedio...

Alexander Serguéievich citó a Grishka en una cervecería en un sótano cuyo techo era tan bajo que no se podía desfundar un sable. Tomó el muñeco con charreteras de general y se fue a la cita acordada con la esperanza de volver a encontrarse con el Diablo. Cuando la carroza se detuvo ante la cervecería, sumió un poco más, por si las dudas, la aguja de Hanibal en el pecho del muñeco para «incitar» al sin rabo, en caso de que estuviera en el alma de Grishka. Por si acaso, palpó cuidadosamente las monedas colocadas debajo de la tela del muñeco, lo dejó en el bolsillo de la puerta de la carroza y se fue a la cervecería a tomar algo y a esperar a su invitado.

Estaba sentado con un vaso de limonada y le pareció que por la ventana que daba a la calle había visto a Grishka dirigirse hacia la entrada de la cervecería. Vio claramente que tenía un brazo más corto.

—Eso está bien, si es que algo así puede estarlo —murmuró Alexander Serguéievich, y su corazón dio un vuelco como un pez, como si se percatara de que había pasado por alto algo y, sin embargo, aún no se daba cuenta de ello. «A decir verdad, el corazón es mudo como un pez. Jamás estás seguro de qué es lo que quiere de ti» pensaba Alexander Serguéievich sin quitar la vista de la escalera de entrada. Pero el tiempo pasaba y no había rastro de Grishka. Luego se le ocurrió que había notado en ese Grishka, si es que realmente era él, algo raro.

—Ya sé—recordó— ¡se rapó la cabeza! Y se apresuraba por la calle sin una gorra en la helada. Ahí está la clave —al fin entendió— ¡Grishka se rapó para evadir el poder de la magia y romper el embrujo! El secularizado y el exclaustro se tonsuró de nuevo y ahora no tiene ni la menor intención de venir a la cervecería, sino que se ha dado a la fuga hacia la libertad en alguna parte. ¡De la tragedia derecho a la comedia!

Alexander Serguéievich salió corriendo a la calle, miró en todas direcciones, pero su invitado no aparecía por ningún lado.

Ya estaba oscureciendo, la noche se ahogaba despacio en el Neva y él, con el corazón temeroso, corrió hasta la carroza, sacó del bolsillo de la puerta el muñeco con las charreteras de general para verificar que la aguja africana no se hubiera caído del trapo. La aguja estaba bien clavada en su lugar, pero para horror de Alexander Serguéievich, lo encontró descosido. Faltaban las monedas que él personalmente había cosido en el capote del muñeco. Un grosso veneciano, una moneda bizantina de plata y medio dinar de Dubrovnik habían sido cosidos en la tela del muñeco. Las monedas ya no estaban ahí. Le gritó al cochero que estaba durmiendo y le preguntó si alguien había entrado en el coche, pero enseguida desistió de esa vana empresa. Cualquiera de los dos que hubiera tomado ese dinero, ya fuera el cochero que lo habría gastado en bebida y ahora dormía sin enterarse de nada, ya fuera Grishka, que habría entrado a hurtadillas y robado las monedas del muñeco, daba lo mismo. La aguja aún estaba en el muñeco, pero debajo de la tela faltaban las monedas, lo cual significaba que el que tomó el grosso, el dinar y la pieza de plata, mientras la aguja estaba en el muñeco, condenó a Grishka a quedarse entre vivo y muerto, entre tragedia y comedia... A menos que Grishka fuese el Diablo.

«Pero eso no lo voy a saber nunca...».

Con esos pensamientos, Alexander Serguéievich concluyó su pesquisa del maligno, tomó el látigo de las manos del cochero borracho y fustigó a los caballos, que partieron solos

adormeciéndolo con su vaivén. Sonó la medianoche en la torre de san Pedro y san Pablo y las campanadas asustaron a los caballos que aceleraron su paso hacia casa. Hacia el final del sueño, sus cascabeles repetían susurrando:

Al-fin-al-de-la-so-le-dad-em-pie-za-la-muer-te...

Los autores de este cuento titulado "El diablo en el capote" registraron este cuento en la ciudad de San Pedro y San Pablo, en la noche que se celebró la creación del primer inspector superior de la policía de la ciudad de Dubrovnik en la ciudad de Dubrovnik. El cuento sobre la muerte de Grishka, porque su sueño precede a su muerte con una intensidad, a pesar de no hablar de ella.

Como es sabido por los expertos, Grishka murió en la ciudad de Dubrovnik, cuando el príncipe en el duque en el emigrante Grishka U. el Duque, cuando el príncipe en el duque. Los autores presentamos algunas que el príncipe para en la noche más oscura, cuando el príncipe y acordados en un lado, después un tiro que dio en el pecho de Grishka, pero la bola choca con un límite de metal y rebota a un lado sin haberle dado ningún al administrador de Grishka.

La novela como puede verse, tiene importancia especial en el cuento de Dubrovnik, investigado por el autor inspector superior de la policía.

POST SCRIPTUM

DEL INFORME PRESUNTO
A DECISION DEL TRIBUNAL POR ALEXANDER
ALCANTARA (CINCUENTA)

Los sueños nunca tienen títulos. En los dos casos registrados aquí, he sido yo quien ha dado nombres a los sueños. En este lugar, quiero llamar la atención del señor inspector superior Stross sobre el hecho de que el sueño de Distelli lo he llamado El sueño sobre la muerte de Pushkin, porque su sueño predice esa muerte con suma exactitud, a pesar de no hablar de ella.

Como es sabido por los expertos, Pushkin murió el 10 de febrero de 1837 de una herida recibida en el duelo con el emigrante francés G. d'Anthès, que fue el primero en disparar. Los testigos presenciales refirieron que el poeta yacía en la nieve mortalmente herido en el estómago, y apoyándose en un codo, disparó un tiro que dio en el pecho de d'Anthès, pero la bala chocó con un botón de metal y rebotó a un lado sin hacerle daño alguno al adversario de Pushkin.

Lo menciono porque puede tener importancia también en el caso de Distelli-Lempitska, investigado por el señor inspector superior Stross.

Por último, tengo el honor de advertir que el sueño no es materia confidencial. Otra persona que me ha hablado de él es A.K. un amigo de la señora Lempitska de tiempos comunistas que durante un viaje seguro de otro lado le habló los nombres y papeles de él y me los pasó por correo postal como un regalo. Pero como yo no soy un hombre de letras, no puedo decirle nada más que el día que me habló.

Para que pueda ser informado de esto, he grabado lo que me ha dicho en un pequeño cuaderno, que he traído con este informe por seguridad.

LA SEGUNDA PARTE DEL INFORME PRESENTADO
A PETICIÓN DEL TRIBUNAL POR ALEKSANDAR
KLOZEVITS (CINTA II)

Al presentar a las autoridades del tribunal este informe sobre el sueño de la difunta señora Marquesina Andrósovich Lempitska, registrado en forma de grabación sonora, a petición de las mismas y del señor inspector superior Eugen Stross, quisiera hacer algunas observaciones.

Poco antes de la mitad de este *Sueño de la señora Lempitska sobre los pasos*, por llamarlo así, éste empieza a comportarse extrañamente. Se divide en tres ramales que la señora Lempitska sueña simultáneamente. Ella experimenta uno de esos tres ramales como andrógino, el otro como mujer y el tercero como si fuera varón. En realidad, tal vez lo más exacto sería decir que el suyo se vuelve un sueño de tres pisos. Qué significa esa trifurcación, ese sueño de tres pisos al final del sueño de la señora Lempitska, habría que preguntarle a alguien que se ocupe de la psicología profunda, porque yo no soy psiquiatra y por ende, no estoy capacitado para tratar este tipo de cuestiones. Soy un simple comerciante.

Por último, tengo el deber de advertir que el sueño es una materia extraña. Otra persona seguramente describiría ese mismo sueño de la señora Lempitska de manera completamente diferente y tal vez asignaría de otro modo los nombres y papeles en él, ya que los personajes aquí, como en cualquier otro sueño, se duplican o se parten en dos. Además, debo mencionar que Lempitska recibía su sueño más con el oído que como imágenes.

Pese a que presento este informe y la cinta con la grabación sonora con las mejores intenciones, mis limitaciones en este campo son innegables.

EL SUEÑO DE LA DIFUNTA SEÑORA MARQUESINA ANDRÓSOVICH LEMPITSKA SOBRE LOS PASOS

(EN EL MODO Y EN LA MEDIDA EN QUE LO PUDO
ESTABLECER Y DESCRIBIR A. S. KLOZEVITS)

«Nosotros no poseemos las casas, ellas nos poseen a nosotros». Con esa frase pronunciada en voz alta inicia el sueño de la señora Lempitska, que ahí se convierte inmediatamente en un niño. En ese sueño, el niño vivía en la casa grande de sus padres, y ésta lo poseía. Dormía en el piso de arriba en un cuarto pequeño que se encontraba dentro de otro cuarto más grande, el comedor. O sea, era un cuarto dentro del cuarto. Ahí, al lado de la cama, había un baúl para las almohadas, adornado con dos asas de cuero y una manzana de porcelana en la tapa.

El pequeño cuarto tenía dos ventanas con bonitas cortinas a través de las cuales se podía ver a los inquilinos y a las visitas que entraban al comedor, y por la noche, la madre podía verificar si el chico se había dormido. Si tenía la mano aferrada a un asa de cuero del baúl, la madre concluía que el niño estaba dormido.

Pero a veces, el niño no dormía a pesar de asir con fuerza el asa del baúl para las almohadas. Mantenía los ojos cerrados y escuchaba. Siempre lo mismo. En la pared sin ventana de su cuarto había un ropero grande. Como un tercer cuarto dentro del cuarto. Y de vez en cuando, podían escucharse unos pasos de ahí. Alguien caminaba dentro del armario del pequeño cuarto... Eso no sucedía siempre. Pero se escuchaba muy bien.

Eso había estado ocurriendo por años, y durante ese tiempo el niño había empezado la escuela y aprendido a diferenciar los días de la semana. Así concluyó que los pasos se escuchaban

los domingos, pero también en otras ocasiones. Estuvo esforzándose mucho tiempo por descifrar si los pasos eran masculinos o femeninos. O masculinos y femeninos. Y adónde se iban después de desaparecer. Tenían tacones, pero no tan puntiagudos como los de su mamá. Luego entonces, los pasos no eran de su madre. A veces esos pasos tras la puerta de dos hojas del gigante de madera en su cuarto, eran más frecuentes e inquietos, y una vez se alejaron despacio, y después, a lo lejos, echaron a correr. El niño se asustó y se enderezó en la cama, pero no sabía qué podría decirles a los adultos. Así que no decía nada sobre los pasos en el armario.

Ese ropero tenía una cerradura grande y estaba cerrado con llave. Ahí no estaban la ropa y las cosas del niño. A veces, el chico miraba furtivamente por la cerradura, pero adentro había una oscuridad que olía a tabaco. Además, el armario tenía dos ventanitas cerradas con una rejilla de herraduras de caballo entrelazadas.

Pasó mucho tiempo para que el niño se diera cuenta de que los pasos se escuchaban, aparte de los domingos, también en días festivos. Como si alguien en sus días de ocio viniera a pasearse en el armario de su cuarto. Una noche el niño vio que el claro de luna empezaba lentamente a iluminar el ropero. Y a penetrar en él por la cerradura. Erizado de pies a cabeza, acercó una silla, se subió y miró adentro por la ventanita con rejilla. No vio nada. Metió su dedo en la oscuridad con el temor de que algo le mordiera y palpó que detrás de la rejilla estaba la contraventana. Tomó un lápiz y la entreabrió. Seguía sin ver nada, porque un guante colgaba dentro de la rejilla. Repitió el procedimiento con la otra contraventana. Ahí no había ningún guante. Adentro se veía una sola cosa, tan asombrosa que casi se cayó de la estupefacción. En el armario crecía un árbol. Al claro de luna fino como el silencio que reinaba dentro del ropero, se veían claramente sus hojas blancas y negras. Allí crecía un verdadero árbol frutal con rojas guindas transparentes como si fueran de cristal... Y bajo el árbol dormía un enorme galgo blanco.

Aterrado, el niño jamás volvió a atreverse a mirar dentro del armario, pero el asunto empeoró una noche cuando de ahí se escuchó con claridad un murmullo, gorgoteo y borboteo de agua, mientras una silenciosa voz femenina cantaba la canción *El verde protege de la lluvia*... Después de cada estrofa, un hipo silencioso interrumpía la voz y tras una vacilación breve, seguía cantando. Todos los fluidos en el niño se agitaron con esa voz. Como si los hubieran llamado, todos los jugos reaccionaron e hirvieron. Las secreciones espumaron en su cuerpo, y lo recorrió la sangre caliente arrastrando como sombra una red distinta del torrente sanguíneo, una confluencia mucho, mucho más antigua, de algo pretérito que llevaba millones de años recorriendo los cuerpos humanos. Al mismo tiempo, la saliva debajo de la lengua le supo a miel, las lágrimas calientes en la garganta se volvieron amargas, los ojos le ardieron con el sudor salado que hedía a yegua sudorosa, y su semen adquirió el sabor de la leche femenina...

Como un sonámbulo, el niño se acercó al armario y susurró en la cerradura:

—¿Qué haces tú ahí?

Adentro, la voz se interrumpió como cortada por un mordisco. El niño intentó de nuevo vacilando:

—Oye, ¿quién eres?

La voz desconocida contestó con un susurro mucho más cercano de lo que el niño hubiera esperado.

—Te lo diré, para que después no digas que no te lo dije.

—¿Por qué no me dejas entrar contigo?

—¿Para qué te quiero?

Y de nuevo se escuchó la canción, en voz baja, con el ocasional hipo. Adentro, entre los versos, la chica estornudaba con aroma a pescado, se rascaba, tosía de una manera particular —siempre dos veces, primero en voz baja, luego en voz alta—, maldecía a los caballos, escupía y expectoraba, silbaba a través de los dientes, hacía sonar las llaves como si desde dentro tratara de abrir el armario, o tal vez cerrarlo... Y todo eso, mientras cantaba.

Entonces, alguien sopló por la cerradura a los ojos del niño un chorro de tabaco de pipa aromatizado con guindas y miel. Y eso fue todo. Con ese aroma, horrorizado y extenuado, se durmió a medio camino de la cama acostado en el tapete de piel de oveja. En el sueño, un ser desconocido le susurró al oído unas palabras. No las comprendió pero las recordó, y más tarde, las repetía de vez en cuando para no olvidarlas.

En un momento así, Señor,

Libéranos de la fe

Y recíbenos como presa.

A

Como se afirma al inicio de este informe, el sueño de la señora Lempitska se divide en este punto en tres ramales separados.

EL RAMAL DEL SUEÑO QUE LA SEÑORA LEMPITSKA SONÓ COMO ANDRÓGINO

El niño está sentado a la mesa de su cuarto, a sus espaldas está el armario del cual se escucha, a veces, el murmullo del agua, y a la habitación entra Hojarasca, su prima. Ella tiene 14 años, él, más o menos la mitad, aunque ignora cuántos años tiene cada quien. Es la tarde, el tiempo corre formando meandros y lazos. Todos en casa de los padres del niño están disfrutando la siesta después de comer, mientras Hojarasca trae en una charola un vaso con jugo de frambuesa y un tazón con papilla. Ella misma la prepara y antes de bajar el vaso y el tazón ante el niño, sus labios se estiran en una sonrisa amplia, llena de dientes y lengua.

El niño comprende muy bien lo que significa esa sonrisa y grita horrorizado:

—¡No, no, no! —Pero no se mueve de la silla, como si estuviera hechizado...

El niño no comprende lo que le pasa en estos días y semanas, se come las uñas de las manos y después de acabárselas, escucha aterrado desde su cama cómo se reúnen por la noche los invitados alrededor de la mesa redonda en el comedor...

Una noche ahí estaban ya su mamá, Eleonora Cikindjal, con agujas y pasadores de plata en el moño que tintineaban mientras hablaba, la bellísima señora Tesa Pokumitsa, que se rascaba al caminar como hacen con el pico los pájaros en vuelo, y su esposo, el señor Pokumitsa, que le seguía pagando por hora para mirarla desnuda. Éste a veces disponía de dos perfiles, el izquierdo era pelirrojo y el derecho moreno. En el comedor irrumpió ruidosamente la anciana duquesa Marina Sendomirska Ypsilanti gritando desde la puerta:

—*Many kisses, many kisses!* —lo cual anunciaba que no tenía la intención de saludar de beso a nadie individualmente. Llevaba su abanico, hablaba con acento polaco y lituano y, como de costumbre, iba cubierta de polvo de Venecia. Ella siempre cuidaba rigurosamente tener más sortijas que años y hacía visitas acompañada de sus tres amantes, tres hermanos de Missolungi que sabían decir su apellido, Prodromidis, en las cinco lenguas sagradas. Los Prodromidis veían el mundo a través de la niebla de Missolungi, y cada año para la Pascua recibían regalos de la duquesa Sendomirska Ypsilanti. Los regalos eran siempre los mismos. Para cada uno un par de guantes masónicos de piel de venado amarillo claro y un retrato que la duquesa Sendomirska Ypsilanti encargaba que les pintaran al óleo. Un experto, diestro en la pintura de goletas y barcas en el río, pintaba esos retratos en el fondo de pequeños dijes (cinco copias de cada uno) hechos para que sus dueños los regalaran a sus socios junto con sus tarjetas de visita. Es decir, la duquesa Sendomirska Ypsilanti no creía en la fotografía. Al niño le llevaba también un regalo preparado de manera especial: en una heladería encargaba que hicieran pequeños iconos en pirulís, de modo que para la Pascua el niño recibía un pirulí

con la imagen de santa Paraskeva o del arcángel Miguel. Eran de sabor muy dulce. Además, la Santa Madre Paraskeva tenía un aroma a ron, y el arcángel Miguel, con todo y espada, olía fabulosamente a vainilla.

Pero el piruli en la cama le era de poco consuelo para lo que aún faltaba por soportar. Escuchando la charla de los invitados, el niño, en su propia cama y en una oscuridad ajena, se comía las uñas de los pies porque lo invadía el terror de lo que iba a ocurrir allá fuera.

En medio del comedor estaba la enorme mesa redonda y tan pronto quitaban el mantel que la cubría, el niño sabía lo que seguía. La mesa estaba armada sin clavos y los invitados se reunían en torno a ella para invocar a los espíritus.

—¿A quién vamos a invocar esta noche? —preguntó la señora Cikindjal sentándose a la mesa—, ¿tal vez al difunto doctor Isidor? Él podría ayudarme. Parece que me topé con una fuerza maligna. Al levantarme por la mañana, encuentro la puerta de la alacena de los vasos abierta, la de la biblioteca de mi padre de par en par y la de la despensa de dulces entreabierta...

—Alguien me hace embrujos a mí también —intervino la señora Tesa—, cada mañana encuentro mis medias anudadas. ¡Dios nos libre!

—Desde hace tiempo quiero preguntarle a Dimitrije si en su tiempo existían las logias masónicas femeninas y si mi difunto marido asistía a sus reuniones —añadió la señora Eleonora Cikindjal, a lo que su hijo aguzó el oído en su cuarto al comprender que «ese espionaje después de la muerte» se refería a su finado padre.

—¿El hecho de que Dimitrije estuviera en la logia no le prohíbe hablar de esas cosas? —reparó la duquesa.

—Quién sabe —contestó bruscamente el hermano mayor de los Prodromidis falto de interés—, quizás después de la muerte ya no están obligados a guardar este tipo de secretos...

—En ese caso —aceptó la señora Tesa— veamos si esta noche Dimitrije está disponible. ¿Qué tal si le preguntamos al jarro?

—No es una mala opción —dijo la señora Cikindjal, y sacó un estoque oculto detrás de un cuadro, verificó si estaba afilado y lo acostó sobre la mesa redonda, poniendo a su vez una vasija de barro con agua sobre un diminuto calentador junto a la ventana. Cuando el agua empezó a hervir, todos aguzaron sus oídos y a través del hervor se oyó que el jarro decía una palabra.

—¡Vik! ¡Vik! ¡Vik! —se escuchó del jarro.

—¿Quién es ese Vik ahora? —dijo desconcertada la señora Tesa, y se miró con sus ojos bonitos en el espejo.

—No hemos llamado a alguien así —dijo uno de los amantes de la duquesa Sandomirska.

—No hable así de los nombres —le reprochó la señora Tesa—. Los nombres se parecen a los frascos en los que se guardan las esencias de las personas que los portan, preservan algo así como un homúnculo...

En ese momento apareció otra silla a la mesa, completamente transparente como si fuera de vidrio, y poco a poco iba esbozando una figura masculina sentada en ella. Primero una manga que olía extraño, y después todo el grueso traje de invierno, a pesar de que afuera era primavera. El traje se veía más inteligente que quien lo llevaba puesto. Su mano escribía algo sobre la mesa.

—¿Quién es usted? —preguntó la señora Cikindjal.

—¿Acaso no me reconoce, madre querida? Soy su Vik.

—¡Yo no conozco a ningún Vik!

—Yo en su lugar, señora Eleonora, no recibiría en mi casa a huéspedes no invitados —protestó el más joven de los Prodromidis.

—¿Quién dijo que era usted? —repitió la anfitriona.

—¡Pero si soy su hijo Viktor!

—¡Por Dios santo, qué tonterías está diciendo éste! Mi hijo Viktor apenas tiene siete años y está durmiendo en su cuarto detrás de esta ventana. ¡Y usted es un embustero, como se demostrará enseguida!

Con estas palabras la señora Cikindjal agarró el estoque y lo clavó en el pecho del hombre que se había presentado como Vik.

Todos en el comedor gritaron, pero Vik se rió incólume, porque el filo pasó a través de él como a través del viento y se clavó en el respaldo de la silla vecina, de la que brincó como si lo quemara el amante más viejo de la duquesa Sandomirska.

—¡Creo que estamos algo confundidos, madre mía! —dijo Vik en tono conciliador.

—¿Y cómo es eso? —se oyó decir aterrada a la bella señora Tesa, mientras la señora Cikindjal, aún pasmada, por costumbre signó con el estoque la supuesta herida que había causado al desconocido.

—Usted realmente parece no ser de este mundo ¿Tiene alguna explicación para todo esto? —preguntó ella.

—La tengo —respondió Vik—, la explicación es sencilla: no es usted quien me ha invocado a mí, sino yo a usted. Ustedes son los espíritus, no yo. Por eso no puede hacerme daño con ese estoque suyo, el cual, además, desde hace mucho no está en este cuarto, como tampoco el cuadro detrás del cual lo escondía.

—¿Y de dónde nos ha invocado usted jovencito? —preguntó la señora Tesa.

—Es lo que a mí también me gustaría saber. Pero, ¿cómo voy a saber yo de dónde vienen los muertos al ser invocados? Ustedes mismos deben saberlo mejor.

—¿Los muertos? ¿Usted dijo que nosotros estamos muertos?

—Pues yo ciertamente no lo estoy. Usted, tía Tesa, murió en 1898, dos años después que su esposo; usted, señor Pro-dromidis, a pesar de ser el más joven, murió, perdón por decirlo, antes que su hermano mayor, y sólo el tío Harris, el hermano del medio, está vivo aún. Por eso es el único que está ausente aquí... Además, tras la supuesta muerte de la duquesa Sandomirska, heredó su sortija más preciosa, la que susurra. Dice que se la obsequió en su lecho de muerte, aunque yo no creo que usted, duquesa, haya muerto de verdad. Eso está un poco borroso en mi memoria... Usted, perdón por decirlo así, no está ni aquí ni allá...

—¡Válgame Dios, qué descarado es! —exclamó la duquesa—. ¡Cada vez que abre la boca, miente! Eleonora, ¿acaso vas a permitir que en tu casa traten a tus invitados de esa manera? ¡Es inaudito! Ya que eres así, te lo voy a decir, ¡perecerás dos veces de arma de fuego, una vez en el sueño como hombre y la otra en la realidad como mujer!

—Querida tía Marina, eso sólo quiere decir que aún no he muerto, que estoy vivo, y por eso pude invocarlos.

—Y bien, ¿cómo se puede invocar a los muertos según su mejor saber y entender? —intervino en la discusión la señora Cikindjal.

—Para consuelo de su conciencia —concluyó Vik— debo decirle que no se puede invocar a los del más allá. Aunque los espíritus existen desde siempre, antes del nacimiento y después de la muerte, sólo se los puede invocar desde algunos de los días y años en que vivieron, y no desde el tiempo en el que aún no nacían o ya estaban muertos. Así los invoqué a ustedes. Me parece que éste es, para ustedes, el año de 1881 y el mes de mayo. De hecho, el séptimo año de mi vida. Aquí, sin embargo, conmigo, es completamente otro año y otro siglo, es invierno, por eso ando vestido de esta manera...

—¡Ya basta de juegos! —interrumpió el relato la señora Cikindjal—. Si es como tú lo expones, ¿qué haremos con el verdadero Viktor que está durmiendo ahora aquí, en el cuarto contiguo, y de lo que te puedes convencer personalmente? Sólo debes asomarte por esa ventana.

—No hay necesidad de convencerme, madre querida, yo recuerdo cómo dormía en ese pequeño cuarto mientras ustedes invocaban a los espíritus, y le diré, porque no me he olvidado de eso, qué estoy haciendo allí en mi cama, en este preciso momento, a la edad de siete años. Ahora no estoy durmiendo en la cama, sino que me como las uñas de los pies del miedo. Después de todo, aun ahora, como adulto, a veces por la noche de un día festivo o domingo, llego en mi mente al armario del cuarto de niño para echar un vistazo por la rejilla a mí mismo de pequeño durmiendo en esa cama...

—Desvaría lo que quieras —lo interrumpió la señora Cikindjal—, yo, a decir verdad, no creo haber muerto, y punto... Curioso... De niño, no fuiste tan feo como ahora... Quién hubiera dicho que te verías así... Si es que eres tú... Mira qué grandes son tus zapatos. Las gatas podrían parir gatitos en ellos... Pero dínos por fin qué quieres de nosotros, ¡ve al grano, por favor! ¿Por qué, como dices, nos invocaste?

—Por error, madre mía, por error.

—¿Y a quién querías invocar? —se introdujo en la conversación la hermosa señora Tesa.

—Querida tía Tesa, después de su muerte, ya que estuve enamorado de usted mientras era hermosa, y fue hermosa hasta una edad bien avanzada, es decir, después de su muerte, yo recogí sus cosas, chucherías, frasquitos de perfumes, polvos y coloretes, pañuelos y lápices de cejas, lunares postizos, tijeritas, guantes con sortijas bordadas y rizador de pestañas, un montón de esos objetos relucientes, empacados en un baúl verde reforzado con cinturones, que ahora llevo conmigo por todo el mundo. De vez en cuando los examino y puedo decirle que, a veces, todavía huelen a su cabello. Pero esta noche no quería verla a usted.

—¿A quién si no? —interrumpió la señora Tesa decepcionada.

—Por amor a usted, le diré a quién quería invocar cuando, por error, fueron ustedes quienes llegaron. Escuchen entonces.

»Si se invoca a un espíritu, se puede invocar también a alguien que aún no ha nacido pero que está en vías de nacer. Éste se encuentra también en el infinito mundo del más allá de las almas todavía no nacidas o ya pericidas. Puesto que las almas no pueden ser invocadas desde su inexistencia, sino sólo desde algún instante cuando sí existieron, tenemos que invocar las almas del universo de los no nacidos en la única forma posible en que nosotros, los vivos, podemos notarlas y percibir las con nuestros sentidos, y ésta es: su existencia corporal dentro del útero de sus madres. Tía Tesa, yo quería invocar a

una de esas almas del universo del futuro, aún sin nacer, pero que ya ha adoptado forma corporal, y cuya llegada al mundo es esperada pronto por su madre. Quería invocar a ese ser no nacido para saber si soy su padre y en qué parte del mundo se encuentra, pero durante la invocación me equivoqué en algo y los obtuve a ustedes... Eso es todo. Pero ya que ahora todos ustedes están aquí, voy a aprovechar este encuentro.

Y Vik se dirigió a la señora Cikindjal con las siguientes palabras.

—Quería preguntarle, madre querida, algo que no me atreví a preguntar durante su vida.

—¿Como qué?

—¿Usted sabe quién estaba en el armario de mi cuarto de niño? ¿De quién eran los pasos que se escuchaban en él? Había una voz femenina que cantaba en voz baja *El verde protege de la lluvia*... Y crecía un árbol también.

—¡Otra vez andas desvariando, hijo mío! —contestó la señora Cikindjal—. Además, de creerte a ti y a tus palabras de hace poco, eran tus propios pasos. Tú mismo dijiste que incluso, hoy en día, ya crecidito, vienes a veces para mirar furtivamente desde el armario tu cama de niño... ¡Qué cosas! No debes hacerlo, hijo mío. Eso no es sano. Sabes como dicen: un cura al yunque y un herrero al libro, siempre cometen errores...

Ante estas palabras, el jarro sobre la mesa se volteó por sí solo, después de lo cual Vik desapareció de la vista de los presentes.

EL RAMAL DEL SUEÑO QUE LA SEÑORA LEMPITSKA SOÑÓ COMO PERSONA FEMENINA

El niño en el que se convierte la señora Lempitska al dormirse ya no es chico. Esta vez, la señora Lempitska encuentra al señorito Viktor Cikindjal en su sueño como un joven alto, de mirada bien cocida y sumamente espesa, que está en vías

de continuar sus estudios en Grenoble. Él ya tiene un árbol que llora hacia arriba, justamente el que Lempitska nunca había tenido.

Tan pronto ella lo encontró en el sueño en aquella ciudad, Cikindjal entró en una fonda, ordenó pavo con guindas y un *bondeaux* con *camembert*, que de hecho le sentaba mal, pero no pudo resistirse. Sentado al lado de sus dos baúles verdes, reforzados con cinturones, alcanzó el marco de mimbre con el periódico, que colgaba de un gancho, y abrió la página con anuncios. Buscaba cuartos para rentar. Un anunció atrajo de inmediato su mirada:

«Se renta cuarto de baño con vista al río y lugar para pernoctar».

Todos, normalmente, rentaban un cuarto con baño, pero aquí había algo al revés. De nuevo no pudo resistirse y fue a ver esa oferta. El baño tenía un balcón con una mesa y sillas de jardín, una manzana de cristal en lugar de picaporte, un domo de vidrio del cual colgaba una araña veneciana, una poltrona estilo Voltaire «con orejas» en paño color vino, una alfombra persa y una tina de piedra en cuyo borde había un busto femenino de mármol. Se acostó vestido en la tina vacía y miró por la ventana. Se veía el río. El baño tenía realmente vista al Isere. También tenía una especie de recibidor donde tras la cortina descubrió una enorme puerta de dos hojas. Ésta llevaba a la otra parte de la casa, que estaba cerrada con llave y no se alquilaba. En esa anticuada puerta ancha estaba colocada una cama plegable. O sea, el cuarto de baño tenía literalmente un lugar para pernoctar. No dudó por un instante siquiera. Lo rentó y se mudó allí.

El joven Cikindjal iba a la universidad en un tranvía arreglado como si fuera un aposento donde sólo faltaba que sirvieran el café. En ese tranvía, una noche que regresaba de las clases, le ocurrió un milagro. Junto a un parque en el centro de la ciudad, el tranvía disminuyó abruptamente la velocidad y casi se detuvo; se oía la música que venía desde la plaza y todos los pasajeros se abalanzaron hacia las ventanas para poder ver

algo, así que Cikindjal hizo lo mismo. Habría sido mejor que no lo hubiera hecho.

En el parque había un restaurante pequeño en cuya terraza los clientes bailaban tango. Pero, ¡qué tango! Viktor Cikindjal nunca antes había visto ni soñado algo parecido. Los movimientos de una decena de parejas eran mejores que la música y eso se percibía con claridad desde dentro del vehículo, donde la música no se oía. Sin aliento, saltó inmediatamente del tranvía en marcha, pero no fue el único en hacerlo. Otros pasajeros también salieron para sentarse en la terraza y observar la escena, digna de un cuento de hadas. Embelesado, encontró un lugar en una mesa en la que había un vaso vacío con la huella roja de unos labios femeninos. Tenía el borde levemente desgastado. Cikindjal miraba el baile sin parpadear y su mirada se detuvo en una pareja de hombres que bailaba el tango «feroz». Esa pareja de hombres era perfecta y absolutamente nada en sus movimientos parecía antinatural. Se guiaban uno a otro alternadamente, retomando el papel femenino o masculino en el baile. Sólo después, cuando los jóvenes se separaron en pleno baile y de nuevo se reunieron con sus bailarinas, Vik se dio cuenta de ellas dos. De hecho, primero notó el vestido rojo de una de las dos chicas. En él estaba escrito:

LLEVO AL QUE ME LLEVA A MÍ.

Ese vestido realmente llevaba a esa joven en el baile, y no ella el vestido. La chica tenía un cinturón dorado debajo de los pechos y no en la cintura, y zapatos de charol con suelas rojas que se dejaban ver a cada giro. Por encima del hombro de su pareja, ella fumaba una pipa delgada y larga durante toda la pieza. Cuando el tango terminó, su acompañante la llevó a la mesa donde estaba sentado Cikindjal, hizo una reverencia agradeciendo el baile y se fue a su mesa, mientras la chica de la pipa volvió la cabeza hacia Cikindjal y le dijo en la lengua materna de éste:

—¿Qué haces tú aquí?

Él se levantó confuso como un río en una confluencia. Observaba los labios de la chica, salpicados de lentejuelas multicolores, que se tornasolaban con la luz como dos peces.

—¿Cómo supo de dónde soy?

—¿Cómo lo supe? Fácilmente, por la manera en que están cosidos tus botones. Pero puedes quedarte en la mesa bajo dos condiciones: primero, que ya no digas ni una palabra, segundo, que me compres un helado. Aunque sea en cono.

Él fue por el helado y al regresar encontró la pipa en la mesa. La chica estaba bailando de nuevo, además con un galán distinto... Parecía como si sus movimientos dieran órdenes a la música y ésta los siguiera, y no viceversa. Al pasar, tomó el cono de las manos de Cikindjal, lo lamió y se lo devolvió sin interrumpir los pasos que, en realidad, eran una partida de ajedrez contra el hombre que la tenía entre sus brazos.

—Dale tú una lamida con toda libertad —le dijo desplomándose sobre una silla cuando la música se había callado.

—¿Es difícil bailar tan bien como usted?

—Lo más difícil es adaptarte a los patanes con los que tienes que bailar. Unos son como madera de abeto, luego luego se prenden y se convierten en humo, después son un estorbo; otros, como enebro, huelen bien, pero eso es todo; los terceros son como el roble turco, fuertes, pero verdes, no sirven para el fuego; algunos son duros como la haya, otros, bien arraigados como el árbol de roble. Los mejores son los mixtos.

—¿Y de qué clase soy yo?

—Tú no eres demasiado dulce. Podrías ser algo como un guindo. No lo sabré hasta que baile una pieza contigo.

—Yo no sé bailar.

—Lo sabía. Después de todo, ya tuve suficiente baile. Me arden las plantas de los pies... ¿Sabes lo que harán todas esas bailarinas esta noche?

—No.

—Se lavarán los pies en leche fría.

Se quitó las sandalias, las metió en las manos de él para que las llevara y levantándose, dijo:

—¿Tienes leche fría?

—Sí.

—¿Está lejos?

—¿Qué?

—Qué tonto eres. Tu baño, pregunto, ¿está lejos?

—No. Aquí muy cerca —contestó y partieron.

Tan pronto se encontraron en el aposento rentado del señorito Cikindjal, la chica le mordió un dedo y ante sus ojos estupefactos se despojó de toda su ropa, tomó con ímpetu una botella de leche del refrigerador y se metió en la tina azotando tras de sí la puerta con la manzana de cristal en lugar de picaporte.

Él se tumbó en la cama, mientras del baño llegaba el gorgoteo de diferentes líquidos y el canto en voz baja de la chica que ocasionalmente interrumpía la canción con un hipo. A él se le hacía conocida esa canción de alguna parte, incluso parecía que reconocía las palabras: «El verde protege de la lluvia...». Y entonces, por fin, comprendió: lo que la chica estaba canturreando era un tango.

La llamó a través de la puerta sin levantarse de la cama:

—Oye, ¿quién eres?

—Te lo diré, para que después no digas que no te lo dije. ¡Zla-ti-ja!

Y de nuevo se escuchó en voz baja, con el ocasional hipo. La chica canturreaba en el baño con pausas, e interrumpiendo la canción estornudaba, se rascaba, tosía a través del tango de una manera particular —siempre dos veces, primero en voz baja, luego en voz alta—, maldecía a los caballos, escupía y expectoraba, silbaba a través de los dientes, hacía sonar las llaves como si desde dentro tratara de cerrar el baño. Finalmente, le pidió a Vik que le llenara la pipa y se la trajera encendida. Al prender la pipa, él sintió la humedad femenina en sus labios y reconoció el aroma del tabaco condimentado con guindas y miel. Con ese aroma, todos los fluidos en Vik se agitaron y se hicieron escuchar. Como si hubieran sido llamados, todos los jugos en él hirvieron. Las secreciones espumaron en su cuer-

po, y lo recorrió la sangre caliente arrastrando también como sombra una red distinta del torrente sanguíneo, una confluencia mucho, mucho más antigua, de algo pretérito que llevaba millones de años recorriendo los cuerpos humanos. Al mismo tiempo, la saliva debajo de la lengua le supo a miel, las lágrimas calientes en la garganta se volvieron amargas, los ojos le ardiéron con el sudor salado que hedía a yegua sudorosa, y su semen adquirió el sabor de la leche femenina... En ese momento, él entró en el baño.

Δ

Por la mañana, Cikindjal preguntó a Zlatija:

—¿Por qué no te quedas conmigo?

—¿Para qué te quiero? Además, yo ya tengo dos esposos, el primero y el segundo, que es un esposo *second-hand*. No los soporto. Siempre enfrento el porvenir como si fuera el enemigo principal. Para defenderme de él, siempre hago predicciones, deajo que mis intuiciones cacen a través del presente invisible, me veo obligada a vaticinar, a presagiar horrorizada por todo lo que pueda suceder y lo que inevitablemente va a ocurrir en esa marea creciente de futuros envejecimientos, los míos y los ajenos, porque yo sé que la vejez no es sólo una, sino que voy a tener un sinfín de ellas. La única manera de burlar el futuro es quedarse embarazada. Mis esposos, sin embargo, no entienden mis temores. ¿Qué les importa un niño aún sin concebir?, ¿o una América aún sin descubrir? Ellos viven en el presente y no quieren saber de nada en ese continente del futuro, todavía sin alcanzar; a mis esposos no les interesa la *terra incognita*.

—¿Dónde están esos maridos tuyos?

—Abajo, frente a tu entrada. Los dos. Están esperando que baje.

—¿Cómo saben dónde estás?

—Ellos siempre saben dónde estoy. Tú también lo sabrías si fueras uno de mis maridos. Pero no lo eres, así que ¡adiós,

querido mío! Para consolarte en la despedida, te confiaré un secreto.

—Dilo.

—Tal vez me hiciste un hijo esta noche. Tal vez.

Δ

El señorito Cikindjal aprendió a bailar tango a la perfección, iba regularmente al parque donde se reunían los amantes de este baile, compraba helados a las bailarinas, pero jamás volvió a encontrar a Zlatija. Y sólo a ella era a quien buscaba. Pensaba:

«Conforme pasa el tiempo, es cada vez más difícil que veamos a las personas con las que solíamos toparnos a diario durante mucho tiempo, y al final resulta que las recordamos y mantenemos en la mente como si fueran diez años más jóvenes. Como si siguieran siendo aún aquellas personas que vimos por primera vez y percibimos hace mucho tiempo. Lo mismo pasa con el amor. Para mí, Zlatija sigue bailando su tango allá en el parque de Grenoble, aunque ya no esté allí».

Él la amaba en retrospectiva, imaginando cada vez más los momentos pasados que antecedían uno a otro hasta el inicio de su relación, alcanzando el climax la primera vez que sus ojos la habían encontrado y él había leído en su vestido:

LLEVO AL QUE ME LLEVA A MÍ.

Recordándola de esa manera a ella y a su vestido rojo, ahora comprendía que Zlatija fue empujada a su naturaleza femenina al igual que a ese vestido, tal vez contra su propia voluntad, sin embargo no podía hacer nada a ese respecto. Así, entre pensamientos y recuerdos, llegó hasta su sonrisa, que formaba algo parecido a un hermoso espasmo en su ceño, como si la risa le doliera.

«El secreto es más viejo que la verdad», pensaba, y buscaba primero a la mujer desconocida con la que había pasado

una noche, recordando el roce de sus manos en la oscuridad como si hubiesen sido tres manos, dos calientes y una fría, y luego, al no encontrarla, empezó a buscar también durante años y por todas las vías al niño que tal vez había tenido con ella.

«El tiempo existe sólo en el calendario, en la vida cada uno tiene su propio tiempo», reflexionaba buscando. Y nunca los encontró ni a ella ni al niño. Quizá se habían encargado de ello sus dos maridos, el primero y el segundo, que era un marido *second-hand*. Quizá.

EL RAMAL DEL SUEÑO QUE LA SEÑORA LEMPITSKA SOÑÓ COMO PERSONA MASCULINA

Este ramal del sueño de la señora Lempitska comprende más bien los sonidos que las imágenes. El hombre que aparece en este sueño está terriblemente cansado, perezoso o muy viejo, por lo que escribe una carta muy despacio. En el sueño Lempitska escucha claramente lo que él escribe, pero no oye su voz.

Graz, 2 de agosto del año en curso

Querida y muy estimada
Señorita Eufrasia,

Le contesto a sus dos amables cartas apenas ahora, porque estoy demasiado viejo aun para las cosas bellas y alegres, y no digamos para las demás, entre las que afortunadamente no se cuentan sus cartas. Por el contrario, ellas fueron para mí motivo de alegría, porque —se lo digo de una vez— yo quería y respetaba a su difunto padre, el comandante Dr. Viktor Cikindjal, y usted se dirigió a la persona correcta en relación con las cosas tristes que quiere saber sobre él. Él fue un caballero muy reservado, un hombre fuerte y dócil, gustaba del pan amasado con tabaco y oraba al agua antes de empezar a tomarla...

Pero es mejor que vayamos en orden, es decir, a partir de la primera carta. La señora Zlatija, a quien no tuve el honor de conocer, tenía razón cuando le decía que era mejor tener tres padres que uno solo. Aun así, me conmovió esa parte de su carta donde dice que a veces se iba a Grenoble para bailar tango en el parque con la esperanza de encontrar ahí, tal vez, a su verdadero padre. Desafortunadamente, para entonces ya era tarde. Así, usted también tiene razón cuando escribe que nunca llegó a conocerlo y que se enteró de que él había sido su padre sólo después de que ya no estaba entre los vivos.

No obstante, déjeme decirle que no fue sepultado en la tumba en Soča, que usted menciona en la primera carta, a pesar de que en la cruz militar de esa sepultura, aún hoy en día, está su nombre y apellido con el año correcto de su nacimiento y el año incorrecto de su muerte. Me preguntará, ¿cómo lo sé? He aquí cómo. Durante las acciones militares en Soča, en el último año señalado en dicha cruz, yo acompañaba al comandante Cikindjal como su ordenanza. En el transcurso de éstas, pasamos junto a una tumba. Ahí nos detuvimos y el comandante Cikindjal leyó su propio nombre en la cruz.

—¿Cómo es posible un error de esta índole, señor comandante? —le pregunté, y él, sin sorprenderse en absoluto, me contestó lo siguiente:

—No es un error. Una vieja duquesa me había vaticinado hace mucho tiempo que yo habría de morir dos veces. Una vez como hombre y la otra, como mujer. Por eso no resulta extraño que vaya a tener dos tumbas. Ésta podría ser mi tumba femenina.

Esto en relación con la primera tumba de su padre, querida y estimada señorita Eufrasia.

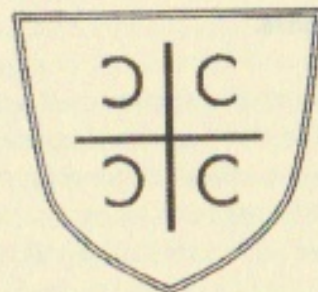
Permítame pasar ahora a su segunda carta. Para contestarle a la pregunta principal de dónde está sepultado su padre, el comandante Cikindjal. Estuve presente no sólo como su ordenanza, sino también como alguien que tuvo la suerte de tener como civil la misma profesión que el doctor Cikindjal, por lo cual le estuve ayudando también en sus labores no mi-

litares, que él tampoco descuidaba durante la guerra. Recuerdo que estábamos alojados en el castillo de Statenberg y allí el señor comandante recibía informes de las unidades subordinadas. Una tarde, el comandante Cikindjal nos había reunido en la biblioteca del castillo y recibía los informes tras la enorme mesa renacentista sobre la que había mapas extendidos de los campos de batalla en Piave y Soča. Estaba de pie, porque tenía fuertes dolores crónicos y no podía estar sentado ni parado, así que caminaba mientras los otros hablaban. De vez en cuando, siguiendo ininterrumpidamente lo que se decía y dando instrucciones y haciendo comentarios, miraba los libros en las repisas del castillo y entresacaba uno que otro, lo hojeaba y lo devolvía, o a su vez, lo apartaba y lo ponía ante sí sobre la mesa. Después de todo, yo sabía que sobre la mesa, aparte de los mapas militares, tenía otras cosas que le servían para sus investigaciones especializadas, a las que consideraba más importantes que el trabajo militar. Tanto más cuanto que sabía de antemano que la guerra estaba perdida y todo lo que hacía como comandante lo ejercía por un hábito establecido, sin mucha convicción en la utilidad del trabajo que, sin embargo, efectuaba con suma escrupulosidad.

Es decir, además de los mapas militares en la mesa delante de él, había esa tarde una edición alemana del último volumen del libro de Gibbon *Historia de la decadencia del Imperio Romano*, y también varios planos y panoramas de Constantinopla con las imágenes de la ciudad antes y después de la conquista turca. Ahí estaban:

- *Byzantium nunc Constantinopolis*, el plano publicado entre 1566 y 1574, editado por Lorentz & Keil. Libraires de S.M.I. Le Sultan.
- *The Delineation of Constantinople as it stood in the Year 1422 before it fell under the dominion of the Turks*. From Du Fresne Lib. 1. p.1
- *Constantinopel*, edición alemana sin fechar que representaba la Constantinopla de la época anterior a la conquista turca.

De esa edición alemana, y otra anónima, coloreada con posterioridad, el comandante Cikindjal copió en sus papeles los símbolos que había en todas las torres de la ciudad bizantina de Constantinopla:



Este dibujo iba acompañado de una nota suya:

«... en todas las torres de Constantinopla aparece un escudo con cuatro letras C alrededor de una cruz, los elementos del blasón serbio. Será porque el origen del último emperador bizantino era...».

Son las últimas palabras anotadas por el comandante Cikindjal. Al día siguiente se dio la orden para la partida y entramos en una batalla en la que, ante mis ojos, pereció también el señor comandante. Fue sepultado en el lugar donde había caído y su tumba puede encontrarse aún hoy en día bajo la cruz militar de un ejército que ya no existe. Feneció en un país que ya no existe y ahora su tumba está en un país extranjero. Encima de su sepultura está todavía el árbol frutal al pie del cual lo enterraron. Cada año se llena de guindas rojas, transparentes como si fueran de cristal... Si la señorita Eufrasia tiene el deseo de visitar la tumba de su padre, yo, a pesar de mis años, estoy dispuesto a acompañarla hasta allá...

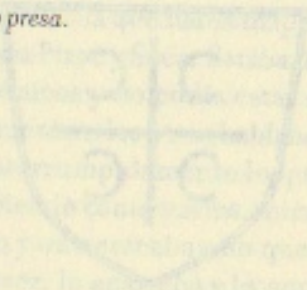
Dado que la herencia de la guerra del señor Cikindjal quedó conmigo, entre sus papeles encontré una nota insólita, la cual pertenece también a esta carta. Es decir, en su infancia su padre soñó que alguien le decía una oración al oído. Se acordó de la oración y la anotó, y yo me tomé la libertad de

colocarla, escrita en una placa, en la cruz sobre su tumba. La oración reza:

En un momento así, Señor,

Libéranos de la fe

Y recibenos como presa.



[Faded text at the top of the right page]

[Faded text in the upper middle of the right page]

[Faded text in the middle of the right page]

[Faded text in the lower middle of the right page]

[Faded text in the lower middle of the right page]

EPILOGO

[Faded text in the lower middle of the right page]

[Faded text in the lower middle of the right page]

Puesto que Erlangen fue condenado a prisión por el asesinato de la señora Marquesina Andrósovich Lempitska, y Aleksandar Klozevits pagó debidamente la multa asignada por enriquecimiento ilícito en el caso de la reclamación monetaria de la heredera de la difunta señora Lempitska, estos casos pudieron considerarse cerrados.

Pero el señor inspector superior Eugen Stross no era un hombre que durmiera toda la noche sobre una misma almohada.

Tenia al menos tres. Tanto más cuanto que el asesinato de Isaías Cruz en el hipódromo quedó sin resolver. Por esa razón, el señor Eugen Stross anotaba en su diario, que era una especie de protocolo privado de investigación, algunas cosas sobre los casos que oficialmente habían sido cerrados mucho tiempo atrás. Así, había anotado en algún lugar que después del asesinato de la presidenta de la junta directiva del banco Plusquam city, *lady* Hecht, fue nombrada una nueva junta presidida por el señor Ishigumi, un hombre de negocios japonés de sonrisa encantadora.

Las notas del señor Stross estaban registradas en un cuaderno de tapas azules y generalmente no estaban fechadas, por lo que es difícil establecer su cronología. Por eso, hay que decir algo más sobre una excepción y una nota que sí fue fechada. El diario del señor Stross se interrumpió antes de que el cuaderno se llenara en la fecha del 1° de noviembre de 2003, la cual, como es sabido, es la fecha de la muerte del inspector superior Eugen Stross. Durante un intento de arresto, el sospechoso se dio a la fuga y el inspector Stross sacó su revólver, pero antes de que llegara a disparar, el teléfono celular en su bolsillo

empezó a sonar y él recibió una puñalada por la espalda. Un cómplice del sospechoso lanzó la navaja desde una distancia considerable. El asesino no fue capturado. La navaja estaba afilada para la mano izquierda, lo que significa que fue lanzada por un zurdo.

Por lo tanto, hay que decir que las notas del Cuaderno Azul indican que el inspector superior Stross, durante su vida, no logró resolver los casos vinculados con el caso de Lempitska & Co., como él lo había denominado.

Aquí hay que agregar que después de la muerte de Eugen Stross ocurrieron dos cosas más relacionadas con este caso. La caja de seguridad de Lempitska en el banco Plusquam city fue violada y hubo otro asesinato en agosto de 2005. En esa ocasión fue asesinado el hombre más escoltado de la ciudad, llamado «sir Winston». En el cuello de «Winston» se encontraron doce moretones de los dedos que lo ahorcaron. Parecía que la persona que cometió el crimen tenía siete dedos en una mano.

Esa muerte en agosto de 2005 fue increíblemente prevista en una nota del señor inspector superior Stross, asentada en el Cuaderno Azul en 2003, por lo que la misma se transmite aquí en su totalidad. Es decir, en dicho lugar el señor Eugen Stross anotó las siguientes palabras:

«Muy tarde anoche pasé junto a la cantina El sol de medianoche y dentro vi a Aleksa Klozevits con un arete en la ceja. Tenía ante él un vaso de vino tinto. Le hice una señal con la mano y entré, porque en nuestro trabajo los encuentros fortuitos pueden resultar los más fructuosos.

»—¿Qué está tomando? —le pregunté amablemente, y él me contestó que un vino húngaro, Sangre de Toro, y me ordenó un vaso de ese tinto también.

»Al sentarme en el asiento de corral junto a la barra, eché una mirada al espejo que teníamos delante y, para mi asombro, no vi en él, como esperaba, su reflejo en la forma de señorita Sandra con el abanico en el pelo. Ese día, el lado femenino de su naturaleza andrógina evidentemente no estaba presente. En

el espejo se veía claramente su imagen con la cabeza rapada y un arete en la ceja.

»—Siempre se me olvida preguntarle algo sobre su trabajo, el cual no entiendo muy bien. El tribunal estimó, desde luego, que sus operaciones, a excepción de un error casual, fueron impecables: se estableció que paga los impuestos regularmente, por lo que no le pregunto nada en relación con la investigación. Me interesa saber si usted en sus complejas actividades se ve forzado a usar, cómo decirlo, el ingenio, el artificio, algunos trucos, o bien a jugar con los plazos...

»—¡Claro que sí! —contestó Klozevits—. Eso es inevitable.

»—¿Y cómo le hace?

»—Pues le daré un ejemplo. Distelli en su sueño busca al Diablo por medio de Pushkin para que éste le prediga cómo y de qué manera va a morir. Pero ningún diablo lo es todos los días. Él es Diablo sólo el día de su cumpleaños, es decir el «día de la bestia», por lo tanto cada 666 días. Antes y después de ese día ni siquiera recuerda que es el Diablo... Ahora bien, para que la duquesa Marina Sendomirska pudiera predecir en el sueño de Distelli de qué manera moriría Pushkin (es decir, Distelli), Distelli tenía que soñar ese sueño exactamente el día y la noche en que Sendomirska estuviera en "estado de acción", o sea, justo cuando fuera el Diablo. De otro modo, ella habría sido sólo una simple mujer hermosa y no habría entendido nada de lo que Pushkin y Distelli le hubieran preguntado, y mucho menos habría podido predecir algo al respecto. De la misma manera fue difícil arreglar que en el sueño de Lempitska estuviera la duquesa Marina Sendomirska justo en el momento en que fuese activa su naturaleza diabólica para poder predecir a su doble en el sueño, Cikindjal, y a la misma Lempitska cuándo y cómo habrían de morir...

»—¡Admirable! Pero ¿de dónde sabe usted todo esto? —pregunté.

»—Pues tampoco yo, a decir verdad, sé todo esto todos los días. Ayer, por ejemplo, no hubiera podido explicarle esto en absoluto, y supongo que mañana tampoco... Usted apareció

por casualidad justamente hoy, cuando lo tenía a la mano... Pero, hoy es mi cumpleaños, sólo que no resultó del todo afortunado.

»—Felicidades, pero dígame ¿qué es lo que no le salió bien?

»—Hoy omití saldar las cuentas con alguien que me amenaza desde hace tiempo. Normalmente llevo a cabo ese tipo de ajustes el día de mi cumpleaños. Pero hoy, en vez de hacerlo, tuve otros asuntos más importantes. Y ahora es casi medianoche y es tarde para todo eso esta vez.

»—¿Cómo lo amenaza?

»—Con cortarme un dedo.

»—¿Quién es, por Dios santo?

»—No hay necesidad de que usted también se preocupe por eso, señor inspector superior. Tendré otra oportunidad para ese ajuste de cuentas. No me gusta que me chantajeen una y otra vez.

»—¿Acaso usted anuncia un asesinato, señor Klozevits?

»—Sí. Le diré incluso, cuándo se va a dar.

»Klozevits se fijó en el techo haciendo cuentas con los dedos.

»—Será exactamente dentro de 666 días, es decir, lo mataré por agosto de 2005.

»Entonces Klozevits acabó su vaso de Sangre de Toro y se fue al sanitario. Yo me apresuré tras él, porque allí se pueden continuar también las conversaciones interesantes, que en ese tipo de lugares no suelen ser las típicas charlas. Al mirarlo bien, me quedé petrificado, pero él estalló en risas. Orinaba sangre y el mingitorio delante de él estaba todo salpicado de gotas rojas.

»En un primer instante, pensé: ¿por qué alguien ríe mientras orina sangre... a menos que... ¿era ésa la Sangre de Toro y no la suya?

»Y entonces su mirada me salpimentó, y me escapé de la cantina sin más ni más...».

Por esta y algunas otras notas de esa índole, vale la pena describir el Cuaderno Azul del señor inspector superior Stross con más detalle. El diario está primorosamente encuadernado en tela azul con letras doradas y el señor inspector lo escribía por lo general de noche, a veces a altas horas y acompañado de sombras grandes, pero siempre con su famosa sonrisa femenina en el rostro. Además de las anotaciones y comentarios sobre otros diversos casos que el inspector superior había tenido durante su labor profesional, los cuales no serán aquí de nuestro interés, hay en él, a veces, algunas observaciones casuales. Así, en una hoja hay dibujado, por la inexperta mano del mismo inspector, un paisaje con bosques y prados que salió parecido al vellón de una oveja roñosa con partes pelonas por la pérdida de pelo. Enseguida después está inscrita en el Cuaderno Azul la traducción francesa de un poema galante *Sobre la bella Catalina*, cuya calle quedó sin lodo, porque todo el lodo se lo llevaron sus novios en sus «tacones»... De vez en cuando esas notas, y en ocasiones los recuerdos ya sordos, pueden llegar a sonar extraños, incluso excéntricos, pero si se toma en cuenta que Stross no esperaba que alguien los fuera a leer (excepto, tal vez, después de su muerte), todo se vuelve más comprensible. A veces, las anotaciones son sumamente breves, como un dicho o una muletilla de alguien que está solo en vela toda la noche, otras veces como si hubieran sido interrumpidas a media reflexión, pero un hombre no se pone corbata de moño para calzar chanclas. He aquí otra nota del diario de Stross escogida al azar:

«Ahora que lo pienso bien, llego a la conclusión de que he caído varias veces en los trucos de ilusionismo de Klozevits, quien se me presentaba cara a cara como hombre y su reflejo en el espejo como mujer. Él, como el supuesto Aleksa, y ella, como la supuesta Sandra (el nombre compuesto de dos partes: AlekSandra). O me tomaban el pelo de otra manera cuando él, con su arete en la ceja, estaba sentado en el espejo, y Sandra, con su sonrisa de madona, en el banco del "templo" Symp-tom House. Afirmaban al mismo tiempo que todo eso se debía

a que eran un "ser andrógino". Como si ellos dos fueran el único ser andrógino en el mundo y el enigma estuviera ahí, y no en el espejo.

»Por eso decidí consultar ese asunto con alguien que pudiera juzgarlo de manera imparcial. Busqué a la señorita Ileana Šimoković, que trabaja y está oficialmente registrada como "astróloga". Ojalá no lo hubiera hecho. He aquí lo que me dijo la señorita Šimoković:

»—¡No se trata de ningún truco! El hecho de ver a un ser andrógino en ambas formas, la femenina y la masculina, es decir, en vivo en una forma y en el espejo en la otra, no depende del andrógino, sino de usted.

»—¿Y cómo es eso? —me asomé.

»—No todos pueden ver a los andróginos en ambas formas. Para esos "todos", los andróginos, ya sea que estuvieran en el espejo o fuera de él, siempre tienen la misma imagen. Pueden diferenciarlos y notar cuál es su forma masculina y cuál la femenina, sólo aquellos que tienen malas intenciones hacia el andrógino... Esos malintencionados adquieren la "vista de Caín". Y ven las cosas de manera diferente al resto de nosotros...».

Muchos lectores del Cuaderno Azul, sin duda, se preguntan cómo Symptom House conseguía sueños ajenos y si esas transacciones son acaso posibles y de qué manera. Eso se preguntaba también el inspector superior Stross, por lo que anotó en el Cuaderno Azul algo referente a este asunto:

«La hermana de la difunta Lempitska me reveló que tenía un gurú. Lo visité y le hice la pregunta de si era posible adquirir sueños ajenos como mercancía, tal y como lo hacía Symptom House. La respuesta fue ambigua:

»—Yo no podría decírselo con certeza. Yo me ocupo de otro campo diferente. Todo lo que sé es lo siguiente: nosotros, por lo general, lanzamos la mirada desde la realidad hacia el sueño. Hay personas que desde luego pueden lanzar la mirada en dirección opuesta, desde el sueño hacia la realidad. Si uno

mira en el sentido correcto, tal vez desde un sueño es posible ver los sueños de otros. No sólo uno, sino rebaños de sueños de una persona, todos sus sueños. De esa manera, quizás, esos raros "gurús" o "los autorizados" pueden bajar los sueños aún no soñados a la psique de la persona que está "dispuesta" a ello. Y está dispuesta a pagar por tal servicio. Dichas personas dicen a sus clientes: "si se escucha bien, se puede oír el futuro...".

»—Pero ¿cómo consiguen su mercancía?

»—Ellas afirman: "los sueños son una energía particular; en realidad, el karma negativo acumulado de las vidas previas. Y lo que es aún más importante, en el sueño se mezclan el futuro y el pasado, porque en los sueños no existe el presente para separarlos". Si de ese mundo sin presente, o sea, el del sueño, usted lanza la mirada al Universo, a la constelación donde flotan los sueños soñados y sin soñar de la persona nacida bajo el signo de la constelación observada, podrá ver y leer sus sueños soñados y sin soñar, porque no le estorbará el presente, que tampoco existe allí, entre las estrellas. Así es como los comerciantes de sueños consiguen su mercancía. Otros, a su vez, dicen que es a la inversa, que en los sueños no existen ni el pasado ni el futuro, y que todo en los sueños es un eterno presente, el mismo que se perpetúa en el Universo. Además, concluyen lo siguiente: "Aun si hoy en día no es posible adquirir y vender sueños ajenos, este procedimiento queda como una posibilidad y aguarda continuamente en el futuro, por lo que hay que contar con él casi de la misma manera como si realmente se hubiera realizado o hubiera existido...".

»—Así dicen ellos. Pero ¿qué piensa usted de eso?

»—Yo creo que todo esto es un gran "quizás" y probablemente, en conclusión, podríamos reírnos de todo eso y no hacerle caso...

»A diferencia del gurú, yo no puedo ni reírme de eso ni hacerle caso omiso, porque en torno a la empresa Symptom House hay muchos muertos».

En el Cuaderno Azul del inspector superior Stross se pueden encontrar más de esas notas características. Nos contentaremos con citar uno o dos casos más:

«Poco después del asesinato del director de la casa de apuestas del hipódromo, Isaías Cruz, fui a visitar a su esposa. La señora Ora vivía en una casa bonita con servidumbre. Ante nosotros apareció un sirviente algo desaliñado, de aquellos salidos del dicho "no lleva el cinturón metido en cada presilla", y nos dejó en una gran sala de recepción. Nos pidió que esperáramos a la señora. Enseguida nos pusimos a mirar alrededor. En una cómoda con profusa marquetería observamos dos manos de plata ante el espejo. Portaban sortijas y pulseras puestas. Mientras observábamos aquello, a nuestras espaldas se escuchó una vocecita femenina:

»—Buenos días. ¿Están viendo mis manos de plata? Es un regalo de Isaías Cruz. No vean las uñas, nunca tengo tiempo para pintarlas. No sé si quedaría mejor un Revlon o un Max Factor. Al fin y al cabo, tal vez se ven bien así.

»Volvimos la cabeza y vimos a una niña de unos 14 años.

»—Niña querida, ¿podríamos ver a tu señora madre?

»—Difícilmente. Está muerta desde hace siete años—contestó la niña con una sonrisa socarrona—, ahora yo soy tanto la madre como el padre, puesto que mi esposo, Isaías Cruz, ha fallecido... Soy la señora Ora, pero no llegué a ser Ora Cruz. No pudimos casarnos porque todavía soy menor de edad. Pero así son las cosas...

»No necesito mencionar que la cosa resultó ser una excursión fallida. De regreso a la estación de policía, mi ayudante comentó:

»—¿Has observado algo inusual en aquellas manos con sortijas?

»—Sí. Colgaban de ellas cerca de medio millón de dólares en joyas.

»—No me refería a eso. ¿Has mirado las uñas de esas manos?

»—¿...?

»—Yo las examiné con cuidado. Parecen verdaderas uñas humanas arrancadas de los diez dedos de un desdichado... ¡Y esa loca todavía quería pintarlas!

»Al escuchar estas palabras, me quedé pensando dónde hacía poco tiempo había visto dedos sin uñas en alguien...».

Finalmente, permítasenos señalar otra nota del finado inspector superior Stross, después de lo cual ya no vamos a importunar más al lector con las citas del Cuaderno Azul. Será un apunte más sobre el caso Lempitska & Co., inscrito en tinta verde, que reza:

«En las actas procesales referentes a la muerte de *lady* Hecht está asentado que se trató de un crimen por celos. Tanto la asesina, la señora Lempitska, como la asesinada, *lady* Hecht, eran amantes de la misma persona, Maurice Erlangen. Nada de que sorprenderse. Es un tipo que vive siempre en primavera».

